

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO I

1º DE NOVIEMBRE DE 1892

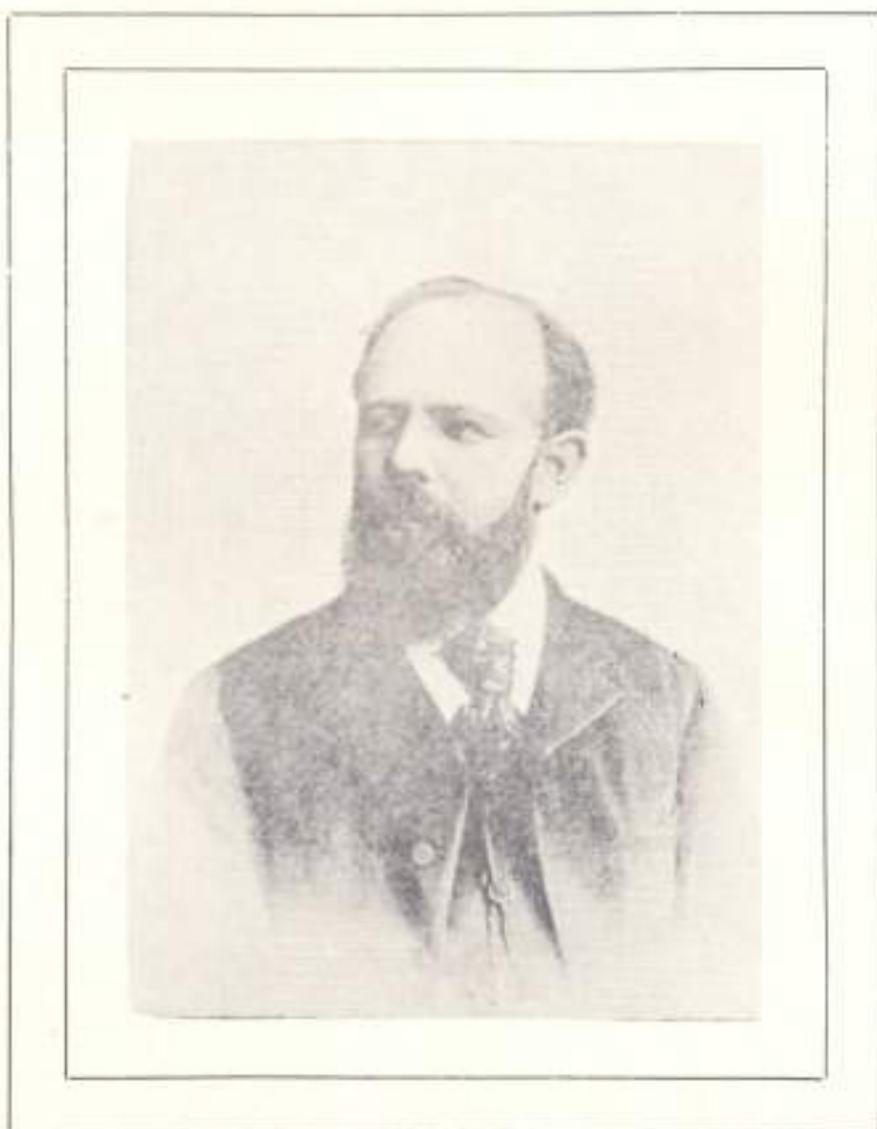
Nº 21

PRECIO	EDITORES PROPIETARIOS	EDICIÓN BIMENSUAL
SUSCRICIÓN MENSUAL . . . . B. 4	<b>J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.</b>	CON EDITORIALES
UN NÚMERO SUELTO . . . . B. 2	EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA	DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
	DIRECTOR: MANUEL REVENGA	CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES.—NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE DE NOS REMITAN, PUBLICADOS O NO

## SUMARIO

Texas.—Carta J. D. Haulton, por el Dr. Ricardo Oviedo  
 Linares.—Cuchino nuevo. Editorial. Cálculo. por el Dr. J.  
 Fran.—Miranda, por el Dr. A. Díaz.—Herrera M. de Argen-  
 ta, por E. M. y M.—Huelanismo, por el Dr. J. M. Pío.  
 Dall.—Religión, por A. Herrera.—Zanuck M. Herrera, por H.  
 José Calaña.—La Prebenda en la religión, por E. Leguía.—  
 Agosto.—Monsón.—El trabajo, por el Dr. Ricardo M. de la  
 Guardia.—El Desembarco de un barco, a una parte de  
 México en el año 1810.—Sociedad profana.  
 Caracas.—El tercer ejército federal.—Observaciones del Cuartel  
 Federal de Caracas.—Serfite y otros. Excmo. Sr. Ministro de  
 Relaciones Exteriores, de Caracas.—Herrera J. Miranda, de Mé-  
 grito.—El Dicho, artículo del Encarnación de Pío y de la  
 Inca.—El Desarrollo M. de la Guardia, de la pizarra de E.  
 Herrera.—Una.—Puerto Cabello.—Plan del Marfil, de J. C. de  
 la.—Intervención de Carlos. Bolívar, de Caracas.—Carta sobre  
 Laguna de Espino, de Biografía.—Mata. Irón, de Biografía.—El  
 por de los perros, y otros de J. Calaña.—Música



GENERAL IGNACIO ANDRADE  
 GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL

Caracas: octubre 31 de 1892.

Señor D. Emilio Castelar.

Madrid.

Muy estimado señor mío y amigo:

Oportunamente llegó á mis manos la bofetada corta de usted, acusándome recibo de la mia portadora de mi "Estudio Crítico Histórico" acerca del "Canto épico" del señor Félix Scabette. Mucho me honra usted dándome el parolón, y diciéndome: "Indudablemente con él ha prestado usted un servicio á las letras patrias." La aprobación de usted, señor Castelar, es gran título, y se lo agradezco infinito.

Mucho aprendí en las obras de usted, prefiriendo siempre las que miran á nuestro idioma y literatura, á la filosofía de la historia y á las instituciones de los pueblos. Tengo actualmente en mi Estudio *La Ilustración Artística* de Barcelona —; Cuanto he gozado leyendo en ella las "Murmuraciones europeas" de usted! ¡Cuán maravilla la tunda que usted propina al tocayo M. Emile Zola, con motivo de su novela *Le Début* acerca de la guerra franco-prusiana! Y á lo mío que no salen mejor librados los traductores españoles, sacando de enjajo el terminacho del Sr. de ingresándolo en España, á falta, según su leal saber y entender, de la equivalencia castellana. Ennoblecen ellos, porabuena, su versión con la zolista metáfora de la original producción del escritor francés, y hasta las del mismo Genio que inspiró la manera de escombar los escablos del rey Angias. En cuanto á mí, confieso á usted que si me hubiera caído la lotería de verterla á nuestro idioma y buscarle equivalente autóctono á su título, bien fiel me habría sido pedir á los garitos, ó á una zaburda, los trillados términos el *Declarate*, la *Trossada*, que cualquiera de los dos habría venido tan á pelo á la *Débüt*, como anillo al dedo, ó pedrada en ojo de boticario.

Pero antes de pasar á lo principal del asunto, y ya que con tan feliz motivo sienta usted de pasada la mano á esos traductores de tres al cuarto, me sea decir á usted que por aquí no andamos mejor parados, tocante á esto, que por allá; y así, no se halla usted solo en lo del florar los rudos golpes que diariamente, ya por ignorancia, ya por pedantería, se desargan sobre el hermoso cuanto ya asendereado idioma de Castilla.

No hallo palabras bien expresivas con qué encarecer á usted lo mucho que celebro verlo siempre confirmando, en el mundo del corazón y del pensamiento, con la autoridad de su inteligencia, de su saber y hasta de mi solo nombre, los buenos principios en materias de literatura y filosofía, de moral y política. Y tanto más lo celebro, cuanto que esos principios son los mismos que yo acaricio desde jovey, y en que vengo creyendo muy de veras, no tan sólo por convicción íntimamente adquirida, sino también por una especie de instintiva proclividad, acaso favorecida por tradiciones de abolengo.

Después de haber tenido que desaprender, en la escuela del mundo, no pocas de las ingeniosas y halagadoras teorías que me el obligó á repetir en las aulas, y habiéndome á considerar los hechos constantes, á no ceder súbilo á las impresiones en mi producidas por ellos, sino á meditarlos antes con calma y á discernirlos con imparcial criterio, para luego encomisar derechamente los juicios determinantes de toda acción mia, confieso á usted con ingenuidad que tengo arrimados, de gana y por juramento de heredad, á Bentham y Austin con todos los demás autorizados maestros de la Escuela utilitaria, que tuve en mis musos, ó que desfilaban á mi vista, en las mejores años de mi vida escolar.

En pacífica posesión, así, de los principios fundamentales del espíritu humano, y de la ley eterna que preside á las sociedades, he venido siempre impugnando aquellas sutiles é insidiosas teorías en escritos de índole varia, y muy particularmente en mis trabajos tocantes á la ciencia que profeso. Cada vez como que me siento con más bríos para combatir á campo abierto, por lo absurdos, todos esos sistemas congéneres rebautizados con el altisonante nombre de *moda utilitaria*. Esta palabra, si bien trae perdido, desde el promedio del presente siglo, algo de su violenta y enojosa significación de otro tiempo, es hoy técnica

del lenguaje económico-político europeo; sirve de contraseña en el campo de la polémica y el combate á sectarios de diversos matices; y ofrece á la literatura *ligera* de nuestros días fecundo tema de producciones malisimas y contrarias á todo buen sentido en orden á ideas, sentimientos é intereses. Con semejante símbolo, en efecto, comienzan los propagandistas por relajar todos los vínculos de la familia; miran por su base la sociedad civil, cuyo fin desconocen y virtualmente niegan; rigen por su gusto y capricho las facultades individuales; y señalando límites en toda iniciativa y desenvolvimiento al espíritu humano, lo encadenan con tan singular especie de amonización sensimoniana, y lo llevan forzosamente, por una parte, á la más sumisa esclavitud, y, por la otra, al más absurdo y brutal despotismo.

Como lo dejo insinuado, esas Escuelas no son, para mí, exacciones flamantes del hombre, sino manifestaciones más ó menos alarmantes de aquella distésis, de que habla Séneca, hija de nuestra naturaleza imperfecta, que ha venido transmitiéndose de generación en generación, —el *eros*; y si hubiera monester alguna prueba de ello, vendrían en mi apoyo aquellos dos famosos versos de Eurípides, que tradujo al latín el Orador romano, y que por única teoría de política constitucional trata siempre en sus labios Julio César:

"*Nam si violandum est, vos regnum gratia,  
Violandum est: aliter regna, potatem colat.*"

Formula blasfema, que yo vierto libremente al castellano por esta otra de un literato francés contemporáneo:

"Tendrás razón si aborreas, pero no si eres aborrecido."

No la habla menester todo un conquistador de las Galias al pasar el Rubicón, para vencer luego á Pompeyo, Escipión y los hijos de aquel célebre rival; como tampoco la habla necesitado antes Alejandro para cortar de un tajo el cuello que le daña el imperio del Asia!

No temo con esto aquilatar mis principios en materias de ciencias morales y políticas, hasta el punto de remediar á aquellos rigoristas puritanos del reinado de Jacobo I de Inglaterra, que escripulisaban hasta en enseñar la gramática latina, por el solo temor de dar en ella con los nombres de Apolo, Marte ó otros de las divinidades paganas. No lo temo, porque estos principios no son otros que los que hombres inspirados en la fuente de la verdad eterna han venido oponiendo á tan falsas como impracticables teorías, desde el paganismo hasta la flamante Enciclica "*Kerem Novarum*," acerca del socialismo, de Su Santidad León XIII. Recordemos, si no, el genio de Aristóteles, transformando la escena en arena política, y erigiendo la masa cómica en tribunal supremo de la multitud soberana de Atenas. Lo que precisamente ha inmortalizado su pieza "*La Asamblea de las Mujeres*," representada en Atenas, por primera vez, hace unos veintidos siglos, es el haber sido escrita única y expresamente para desvanecer la ilusoria idea del "comunismo," y dejar comprobado que la humanidad no ha sido hecha para realizar semejante sistema.

La misma teoría utilitaria de Bentham tiene su natural y benigna explicación en el móvil y objeto del autor, dados las circunstancias de lugar y época en que escribió. Rebelóse el profundo pensador contra los vicios de las leyes y los abusos del foro inglés, inspirándose, así en la secta cínica, basada en el deleite por única dicha, como en las doctrinas de Helvecio y otros, que preguntaban el interés personal por único móvil de las acciones. Inebuido, por otra parte, en las ideas de la Revolución francesa, é identificado con algunos de sus principales hombres, acometió la laudable empresa de reformar la legislación y la política de su patria; pero levantando para ello el colosal edificio sobre la base de la *utilidad* como norma única en materias de moral —principio egoísta de la escuela de Epicuro y de Hobbes. Escritos, pues, sus obras para remediar tamaños males, y esto apenas transformada la monarquía limitada de la edad feudal en otra de ideas más adelantadas, tenía por fuerza que campear en ellas un espíritu extremadamente reaccionario, y venir algunos de sus principios, como de índole transitoria, á pasarse con el tiempo, y otros á sufrir modificaciones esenciales con la eventuali-

dad de los sucesos y con los creces de la civilización. Pero asentada ya la sociedad moderna sobre bases más firmes y de más sólidos quilibres, es tan fuera de razón enseñarnos hoy la legislación universal y la ciencia de la moral por las tablas y cómputos aritméticos de bienes y males, de placeres y dolores, del eminente juriconsulto inglés, como peregrino seguir insistentemente creyendo algunos monárquicos europeos, que la descendencia lamenita no tiene derecho á la corona de Francia, después de aplicada la Ley Sálica, por los Estados Generales de 1716, en favor de Felipe el Largo, con expresa exclusión de las mujeres.

A la exposición de estas ideas y principios, que constituyen mi profesión de fe en orden á los puntos arriba esomados, debo añadir algo tocante á la superficial literatura que diariamente irrada de los grandes centros europeos, —sobre todo desde París, su principal *obedi*, —y que *manu/actuata*, digámoslo así, en la forma de algo como productos industriales de fácil propaganda y segura salida, se despacha desde hace más de medio siglo en alas del vapor, y hoy día con la instantaneidad del fluido eléctrico, á los centros consumidores de entrambos continentes. Bien sé que materias como ésta son para tratadas en la forma magistral del libro, no en la sencilla de una carta; pero si decidirme por ésta, no pudiendo hacer otra cosa, es únicamente en prueba del entusiasmo que me inspiran los elevados escritos del sabio á quien me dirijo, y con la seguridad de que ello será parte á que disculpe cualquier error mío y mi candor en comunicarle opiniones tan exclusivamente personales, las cuales ruego á usted se sirva seguir leyendo con su habitual indulgencia.

El hombre, en cumplimiento de la ley de su naturaleza y destino, ha venido paso á paso trabajando, al través de las edades, en el desenvolvimiento de la Filosofía, dispensando así grandes beneficios á las ciencias psicológicas, con principios mejor averiguados, más sublimes y de más trascendental aplicación. Impulsado en esa virtual cruzada de elaboración y refinamiento, desde Tales y Sócrates hasta Bacon y Descartes, él ha venido, al propio tiempo, rozagando á uno y otro lado en su victoriosa marcha, ya errores inherentes á la humana naturaleza, ya doctrinas sin reparo sistematizadas, ya en fin consigüentes é inevitables preocupaciones, hasta hacer alto, como para sossegar, remansarse en las conquistas de esa gran revolución intelectual, y gustar ya sus frutos en obras monumentales del día. Arquetipo de ellas son la de Monsieur Charles Pépin estudiando la sociedad en sí misma y la ley que debe ponerla en sus condiciones normales de existencia, y las del Padre Luis Coloma creando la Escuela que predica, con universal aplauso, la genuina moral en la flamante y seductora forma de "la novela."

Tal es, hasta hoy, el grandioso cuadro de la historia de la Filosofía. Tal la carrera triunfal del espíritu humano, abundando, siempre con fe y con esperanza, en el profundo seno de la ciencia, para ostentar en alto, primero la existencia de Dios y sus atributos, y luego escoger los medios más seguros de dirigir el entendimiento hacia la verdad, y de impulsar la voluntad hacia el bien.

Después de veinte y cinco siglos, por lo menos, de tanto laborar en afanosa agitación y perenne vaivén, parece que el hombre ha llegado ya, en orden á principios y sistemas, á la anhelada meta de su destino; y la solución que busca á los grandes problemas planteados en los pueblos y Estados de la Europa moderna, á fe que lo comprueba. En efecto, la *organización del trabajo* y el *sufragio universal*, —ya casi descreídos, y entrambos reclamando el cumplimiento de eternas promesas desde 1789, —son hoy el objeto de aplicación ó ensayo de sistemas conocidos que, sin el *incapable* de ánimo, según ya en la escena con los trajes de moda, tanto de la *filosofía socialista* y *humanitaria*, —bastil á la influencia del cristianismo, y la *filosofía tradicionalista*, —guardador de los antecedentes cristianos, como del *socialismo de Estado* y el *socialismo cristiano*, —dos programas estos difiriendo en ciertos pormenores, pero tendiendo á refundirse en lo esencial en uno solo (M. de Haussonville). Esta evidente metamorfosis confirma aquel concepto de M.

Paul Janet, del Instituto de Francia: "Las ideas tienen caminos subterráneos que nadie puede prever, infiltraciones inesperadas que las hacen reaparecer enteramente transformadas á distancia de su origen" y se aviene también con la opinión de Vico haciendo mover al espíritu humano en el eterno círculo de la ley de su origen y finis.

Sería de averiguar ahora si, á una con este movimiento científico, y á imitación de la literatura de la Grecia antigua, existió dominio para dirigir bien al hombre fue limitado y universal, así en la escena como en la trágica y en sus demás formas á manifestaciones, la literatura contemporánea acude á libertar nuestras clases obreras de la miseria en que yacen, y á fijar las condiciones con que el sufragio universal seguirá al servicio, así de los países de tradición hereditaria, como de los países de constitución democrática. Pero tal investigación, sobre etíge de mi mayor esfuerzo, no cae en el asunto de este escrito. Así, debo limitarme á las flamantes producciones de algunos escritores que, desentendiéndose de la cohorte de los buenos novelistas franceses de nuestra época, recorren de tropel el *horizonte* exterior de París, agitando una bandera timada con esta divisa:—*notre moyen de tout moyen*. Son ellos de quienes dicen M. Devoir y M. Joussot en obra magistral de historia contemporánea: "Esta es una Escuela maestra donde todo inspira el más profundo desprecio de la humanidad."

Pero obtenida la venia de tan ilustres historiadores y filósofos, aquí me alzo yo á mayores, y, con seguridad tanto más grande, cuanto que mi humilde opinión se apoya en la autoridad del señor Castelar, siempre de malas con el "realismo" en achaques de literatura y de ciencias morales y políticas. Producciones, pues, de escritores que beben en las raudales del realismo, serán todo lo que se quiera, menos novela. El realismo y la novela tiran de verse juntos: son tan semejantes, como las llamas que consumieron las inanimadas cuerpos de Eteocles y Polixeno. En efecto, las cosas y objetos del mundo visible, con su variedad infinita, no bastaron al hombre, desde la más remota antigüedad, para satisfacer sus inagotables deseos y aspiraciones: la historia vendiósele la careta; y entonces, remontándose él en alas de la fantasía á las regiones super-sensibles, acomodó en ellas, como dice Bacon,—"las apariciones de las cosas á los deseos del corazón, sin temer el ánimo á las cosas, como lo hacen la historia y la filosofía." Indios, persas, árabes, por ley política, dieron así suelta á su ingenio. El espíritu humano comenzó desde entonces su urgente trabajo de elaboración, por la leyenda mítica; siguió con ahínco, cínico en mano, por el romance heroico; y su afán no paró sino cuando halló en su obra en la forma del cuento pudo mostrarla ya, con ufania y con gloria, á las generaciones venideras señalándoles en ella riquísimo veneno que explotar: la *historia ficticia*. La historia literaria nos viene enseñando también, que este género de composición ha tenido siempre un fin instructivo á la par que moral; y por eso, cualquiera contravención á ley tan severa de su carácter peculiar, ya se funde en el solo placer de la curiosidad, ya sea sugerida por el interés personal á otro incentivo de mala ley, vicia en su origen la "novela," y de consiguiente la *historia* y la *novela*. La "novela" inspirada en el realismo no es la *historia ficticia*, sino una *historia ficticia*.

Los asuntos á primeras materias de esos escritores, son, por su mayor parte, comunes á extravagantes:—El Vientre de París,—Una página de amor.—Nana.—La bestia humana.—El hombre de la Bolsa.—El miserico.—El Paraiso de los gatos.—y otros títulos, no menos carnosos, que me hacen recordar involuntariamente opúsculos congeneres:—Las Citharas Parisienas,—Las infamias de la) Móvil,—y otros que cuadrarían á maravilla con los frescos y demás objetos de las ruinas de Pompeya, exclamando para mayor ornato del Museo obscuro de Nápoles.

Sobre tal género de escritos ó literatura pesa lausta y autorizada censura, firmada en las *Memorias* europeas, del señor Castelar, con estas palabras: "Yo no rechazo el realismo por sus pecados críticos: los cometen las letras clásicas, y se leen en ellas con placer espiritual y

político; los comete Tiro y no chocan; yo rechazo el realismo por sus críes." «Pero me disgusta la carencia de ideal en la Escuela realista, semejante á perdurable noche sin estrellas.»

En primer lugar rias tan insulsas y pelotas, ya no hay para qué hablar de plan ni trama. En esto escribo ó como el tamo bajo; el lenguaje es descomulgado y obscuro, si bien adornado con lo elegante del estilo. La forma de los pensamientos es la descriptiva, siempre avivada con lo más fino grado del legendaria *esprit pensivo*. Con tales promesas, una parcialidad reclama, por derecho propio, su verdadero nombre y apellido:—*Escuela parageralista*.

Debo confesar, también yo, como lo hace hoy y lo demuestra siempre el señor Castelar, mi insalvable pasión por la antigüedad clásica. Penetro en su santuario con aquella especie de veneración con que recuerdo haber visitado el palacio de los Cósares: estruado en éste, como para estudiar, digámoslo así, en páginas geográficas, las instituciones de Roma, cristalizadas á impulsos del Pueblo-Rey en más de mil años; y, abriendo los libros de las letras antiguas, atreído por las obras de la inteligencia y del alma, que, al través de las tinieblas del paganismo, transmitieron con su mágico brillo, cual precioso metal al través de las pericleras escorias, y vienen dando así testimonio de lo elevado de su origen.

Hombros el patriotismo,—*vivez avés la terre*,—en la masa cómica de Aristófanes; y confunde á todos la santa resignación de Sócrates,—espeje de anuncio de la ley de Gracia,—sufriendo el martirio por amor á la ley natural y por respeto á la ley de los hombres. El lenguaje de Aristófanes, juzgado por el criterio de su tiempo, no le condono; ni tampoco me choca la oda de Horacio acerca de Lálage, de la cual tomo esta expresión figurada:

... *ux loqueti suavi cunctis  
In Vocem tollere possunt.*

Jugar lo antiguo por el criterio de hoy, es error de gana. ¡Cuán cierto es lo que dice M. A. Thierry: "No es de extrañar que nuestras ideas en política estén todavía tan mal fijadas, cuando se encuentran, para darles una forma, sino expresiones de edad de veinte siglos:—*soberanía, sujeción, gobierno, pueblo, príncipe*." En efecto, estas palabras, con una que otra más de invención ó de moda, vienen desde antaño haciendo,—*ambrosia mundana*,—en el territorio y aguas jurisdiccionales de todas las naciones, casi con idénticos nombres, el mismo oficio que el rey, la reina, los obispos, los caballeros, las fortalezas y los peones, en las setenta y cuatro castillas de un tablero de ajedrez. *Rixas locustas*!

Pero volviendo al asunto de esta carta, y para ponerle punto, debo decir que, todo bien considerado, el móvil de esa parcialidad literaria no es otro que el incentivo del lucro, que mueve la pluma sin reparar en pelillos, siquiera su gloria se limite á emular los incongruentes linderos de las "*Doblerías dramáticas*," de "*Los Mil y una Berberidades*," y de otras publicaciones de unólogo jocoso,—todas sistemáticamente calculadas, ya para mitigar el cansancio del hombre que trabaja, ya para matar el tiempo los comerciantes y viajeros que pueblan los mares é hincan los caminos de hierro, ora para adiestrarse más, si cabe, los patrocinantes ó agentes pormercaderías, ora en fin para dar pábulos á los gentes de la vida fácil,—consortes míos, jurídicamente hablando, en las misteriosas y ademas manjeras marcadas en Francia con el degradante nombre de *poivre de chantage*.

Ya se explica, por tal clave, el sorprendente fenómeno de que cada uno de esos escritores de extrínseca pueda producir anualmente al pie de doce volúmenes, y alcanzar una profusa circulación, parodia del mérito ó de la estimación general. Pero á todos esos escritores tan unos que hacen dres justicia soca,—la misma que Bolkau hizo al desgraciado novelista Scudéri en estos satíricos versos:

*Discubentur Soudéri, dont la fertile plume  
Peut tous le mois sans peine captiver un volume.*

Libros son esos que, en vez de guardarse empujados como las obras de mérito, entre los librados unaqueles de una hermosa biblioteca, se

llevan siempre en rústica, como objeto de mero divertimento, en el recueto fondo de las maletas de viaje.

Juzgado ya por usted, señor Castelar, aunque á grandes rasgos, el pensamiento de la *Alfalfa*, con me considere esencial de bursela. En cuanto á lo moral y literario, me he adherido por completo, y para buena mía, á su franco y autorizado juicio. Por lo demás, lo presento á tan sólo estudio, á la luz de los buenos principios, el género literario á que pertenecen, é en que deben ser clasificados esos novelistas de la sedicente secta realista.

El dilogo de abril, en 1868, con una familia imperialista, prueba más y más la gran perspicacia de usted y sus acertados presentimientos acerca de la política particular de Francia, y la general de la Europa "armada hasta los dientes," según la expresión del busto Niños de Arcos. "El modo de un guerrero de la Edad Media."—Lo acompaño de corazón en sus nobles sentimientos hacia esa gran nación, que me dejó hospitalizado durante largos años, y también en su gran entusiasmo de "paz, paz, siempre paz!"

Con sentimientos de elevada consideración, y suplicando á usted dispense la extensión de esta carta, tengo la honra de suscribirme, como siempre,

Su afmo. amigo y s. s.

Q. D. S. M.

RICARDO ÓVITGO LIMARDA.

## ¿CUANDO MURIO CRISTOBAL COLÓN?

Existe alguna incertidumbre acerca de la fecha en la que falleció Cristóbal Colón: algunos historiadores dan el 20, otros el 21 de mayo de 1506. Es sin embargo fácil aclarar este punto de una manera satisfactoria. Conviene todos los autores que han escrito de la Avenencia. Basta por consiguiente calcular la fecha de la Pasena en el año mencionado. El cálculo matemático que he establecido me ha permitido formular una sencilla para resolver este problema, en el caso de tratarse de un año del calendario juliano, como lo fué el de 1506.

No podemos entrar en las pormenores de la deducción matemática, y nos limitaremos á indicar las operaciones hechas.

Si designamos por  $a$  el número de las semanas contenidas en el año dado, y por  $b$  el de los años que van pasados del siglo, hasta el mismo año dado inclusive, hay que buscar los seis valores siguientes:

(1) El resto  $a$  que deja la suma de  $2a + b$  después de dividirla por 18;

(2) El resto  $b$  de la división  $b$  por 4;

(3) El resto  $c$  que resulta partiendo por 7 la suma de  $2b + b$ ;

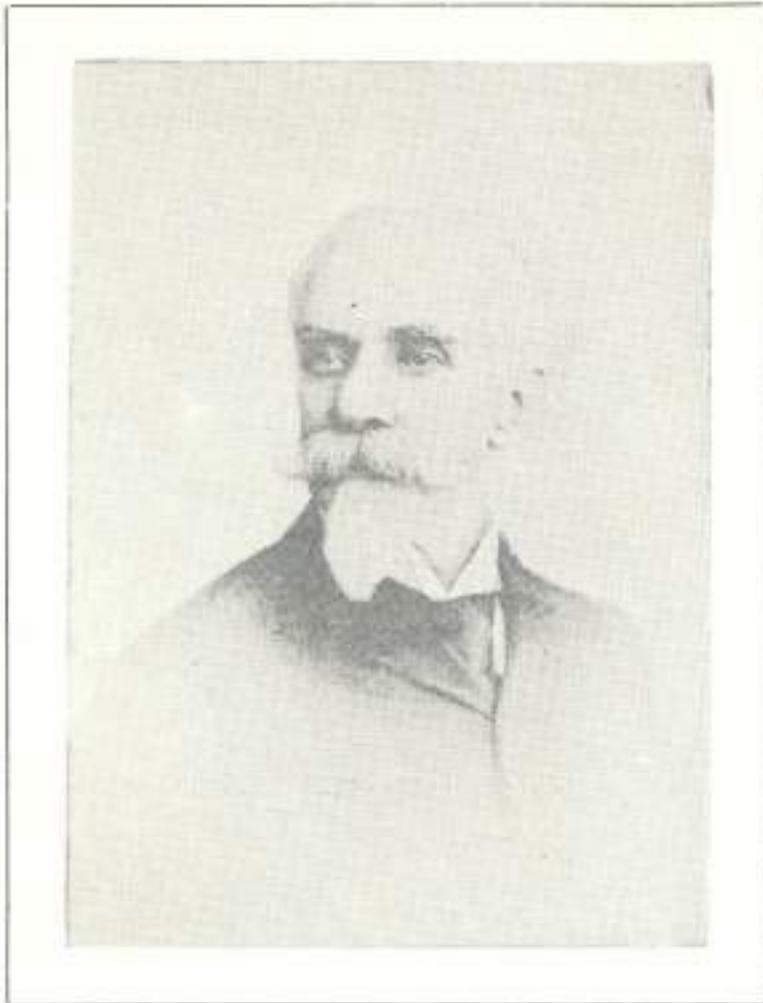
(4) El resto  $d$  que deja la suma  $15 - 2c$  ó diez y cinco por 10;

(5) El resto  $e$  que deja la suma de  $2b - 1 + c$  ó 1 dividido por 7; y

(6) La suma  $p$  de  $d - e$ .

Para el año de 1506 resulta  $a = 36$ ,  $b = 2$ ,  $c = 1$ ,  $d = 20$ ,  $e = 1$ ,  $p = 21$ . Este número indica cuantos días hay del 22 de marzo, ó sea el mismo valor que puede tener la fecha de dicha fiesta, hasta el domingo de Pasena del año dado, ambos domingos inclusive. Esto nos da el 12 de abril. La Avenencia es el 40º día después de la Pasena, de modo que cayó en 21 de mayo de 1506.

A. ENRI.



PEDRO EZEQUIEL ROJAS  
MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

## MIRANDA

Al aproximarse el día de difuntos fué nuestro deseo departir con los que reposan en el seno de Dios; pero cierta emoción secreta nos hizo pensar que muy pronto estaríamos con ellos. Dejémosles en paz. Pero, si nada diremos acerca de estos miembros de la familia venezolana que nos han precedido en la muerte, recordémos, aunque de paso, a aquellos que reposan en el suelo del extranjero, casi todos arrastrados por el torbellino de las revoluciones. ¡Cuántos nuestros ilustres! Allí, en tierra que pidió el Araucano, está el incomparable Andrés Bello, inmortalizado por la estatua más que por la estatua, por la gratitud de una nación. Hacia el Norte, en tierras del Ecuador, reposan los restos de Sucre, de Flores y de aquel Gual, tan venerable, tan sabio. La estatua acaba de celebrarse a Sucre al pie del Pichincha; el héroe no podía estar sino al pie de un coloso de Los Andes. Más al Norte, Colombia trae a nuestra memoria al hijo primogénito de Miranda, a Francisco, que sin haber manejado arma, muñeira, admite el reto al cual le invitó el más fallido de los chulistas en cierta noche de baile; joven de honor quiere honrar el nombre que lleva. En pocas horas, uno de los edecanos de Bolívar, el Coronel Johnson le adiestra en el manejo del arma. Al amanecer los dos contendientes asisten al sitio fijo, y Francisco derriba a su temible adversario. A poco, Francisco es víctima de las guerras civiles.

El nombre del hijo nos aviva el recuerdo del padre el último de los Girasolinos que muere con la altivez del romano y la dignidad de Catón, en un calabozo de la Carraca. No llegó su cadáver a participar de los honores que le rinden, aun las hordas salvajes de Australia. Al espirar, un grupo de ma-

ladrines llevando el sayal del monje, entraron en la prisión, tomaron el cadáver donde no se había todavía extinguido el calor de la vida, y con toda la ropa de cama, sin ataúd, sin fórmulas, lo lanzaron a la fosa y lo cubrieron de tierra. Y se fueron satisfechos y orgullosos de su obra. Habían vejado un cadáver, pero no habían podido manchar un nombre histórico en las epopeyas de la libertad, en ambos mundos.

Miranda cree, a proporción que la justicia de la historia disipa la oscuridad que llegó a entenebrecer una de las más grandes figuras del siglo. ¡Con cuánta placer corre nuestra pluma en cada ocasión en que hablamos de aquella grandeza! Los hombres que, al concluir una vida pública, llena de contradicciones y de peligros; aquellos que han tenido que luchar contra la humanidad y contra sí mismo, al encontrarse rodeados de obstáculos, parece que los destina el hado, a prolongados sufrimientos, aislados del contacto del mundo, de la luz y aún del aire que respiran. Este martirio prolongado, si no los levanta, los abluvea en parte y dispone el folio del historiador que sabe siempre fraternizar con todos los infortunios.

Después de haber dado a luz, en estos últimos años, algunos cuadros referentes a la vida pública de Miranda, continuamos hoy con una serie de siluetas históricas sobre el mismo tema. El Cojo ILUSTRADO nos ofrece dulce hospitalidad que aceptamos. Admiradores y más que todo, justicieros, departiremos sobre un simpático tema y lo haremos, como si conversáramos con nuestros lectores, en la soledad de nuestro desierto. Ellos curiosos, atentos; nosotros, acuciosos; defensores de toda hora; ambos venezolanos. Sea la primera silueta la siguiente

En los días en que el brigadier Don Felipe Ricardo, después de vencer por completo la revolución de León contra la Compañía Guipuzcoana se entregó al gobierno tranquilo de la Colonia Venezolana, vino al mundo Francisco de Miranda, 1756. A los años turbulentos transcurridos de 1749 a 1752; a las persecuciones motivadas contra todos aquellos que censuraron los actos de la tenaz Compañía, monopolio oficial establecido en Caracas desde 1728, sucedieron días tranquilos, y, más que todo, el silencio que impone la mortandad. Y no queriendo el Brigadier dejar en Caracas nombre odioso, que odiosa es siempre toda tropelía, declinó, en los últimos tiempos de su gobernación, al fomento de las obras públicas, entre las cuales figuró la composición y arreglo de la Plaza Mayor, quedando ésta del todo disponible para el ejercicio de las milicias y la celebración de los actos oficiales, en los cuales era necesario tener, como espectador, al pueblo de Caracas.

Por esta Plaza pasó la familia Miranda en los últimos días de junio del año de 1756, llevando a un parvulito que había nacido el 9 del mismo mes, y a quien pusieron, en la péla bautismal de la Metropolitana, el nombre de Francisco Antonio Gabriel. Ninguno de los miembros de aquella familia pudo figurarse en aquel instante que, cincuenta y dos años más tarde, en el mismo sitio, el busto de Francisco de Miranda sería quemado por el verdugo; que la cabeza del mismo sería puesta al precio de treinta mil pesos, y que al montante de este suma contribuiría toda la sociedad de Caracas, desde la cantidad de diez céntavos hasta la de quinientos pesos. ¡Pobre niño éste, que había recibido las aguas del bautismo, y estaba destinado, sin embargo, a ser condenado en 1806 por la Inquisición de Cartagena, y a que su cuerpo fuese arrojado a la fosa, sin mortaja y sin ceremonia, por los frailes de la Carraca, en una mañana del mes de julio de 1816!

Por lo que fué Miranda de los treinta y cinco a los cuarenta años de la vida, es a saber: espíritu luminoso, palabra espontánea, elocuente y seductora; entendimiento poseedor de nueve idiomas; figura alta y noble en contacto con las ilustraciones de su época, y de fácil entrada en todas las cortes; hombre de ideas fijas y trascendentales; apóstol fervoroso de la libertad de los pueblos y de las conquistas de la inteligencia; por lo que fué Miranda, repetimos, se comprende que debió ser un niño impaciente, calavera de nobles aspiraciones, y que debió querer, en cierto día, emanciparse de los estrechos límites de la familia, para desarrollarse en otras tierras al estímulo de todo lo bello, grande y generoso que llenaba su espíritu infantil, el cual aguardaba solamente campo dilatado para desplegar las alas, cruzar los espacios de la idea, y sucumbir al fin, envuelto por el torbellino que iba a abastiarle, después de haber trazado estelas luminosas en el horizonte de ambos mundos.

En efecto, Miranda no caía en Caracas desde que amamantó en su espíritu el deseo de aprender y de ilustrarse para ser útil a su Patria y a sus semejantes. Había adquirido en la Universidad los rudimentos de las ciencias filosóficas, y privadamente, el conocimiento superficial del latín y del francés, y los principios de las ciencias matemáticas; pero al fin y al cabo comprendió que no podía continuar en su carrera, en razón del lamentable atraso que para aquella época los estudios exigían. Dejándose entonces llevar de sus aspiraciones favoritas que consistían en el conocimiento de la historia y de las ciencias exactas, en el estudio de la carrera militar en los campos de batalla, y en el examen de los Gobiernos y de la organización política de los pueblos, apeló a su padre, comerciante rico, y éste apañó los deseos manifestados por su hijo. A éste dominaba una idea de la cual él mismo no podía darse cuenta en una edad tan temprana como es la de los quince años, y que parecía cruzar, como silueta de luz, por las regiones de su espíritu; era la emancipación de su individualidad, que ofrecía ya en el infante las primeras manifestaciones de lo que debía desarrollarse más tarde en el hombre adulto.

En los ejercicios de las milicias, en las cuales figuraba su padre, Don Selvestión de Miranda; en el estudio de los clásicos latinos, que tanto disfrutaban su imaginación; ni muchas otras causas su gran manera poderosas, hicieron separar al joven Francisco del camino de sus nobles deseos. La vida caraqueña llegó por lo tanto a fastidiarle, y con razón, porque se veía comprimido entre dos fuerzas: la vanidad y las exageraciones de los magnates de Caracas, en su afluencia; y el fanatismo de la muchedumbre que dedicaba toda su atención al rezar del rosario y a las fiestas de la Virgen; es decir, la adquisición de títulos nobiliarios y de cruces, si había riquezas para ello, o las mayordomías de fábricas religiosas, el homenaje al culto y la reconstrucción de los templos sub-

ente para alcanzar del monarca favores y distinciones á falta de dinero y recomendaciones personales.

Para conocer, muy sucintamente, el estado de la sociedad caraqueña durante el último siglo basta leer las siguientes frases que tomamos de una extensa nota dirigida á Carlos III, por el Ayuntamiento de Caracas, en 1763. «No tenemos aquí, poseen señor, artificiosos poseos, costosos teatros, divertidas memorias que nos entretengan; pero los rosarios de María alumbran, alegran y fortifican nuestros calles; y su dulce nombre las quilibra de hermosas atmósferas. Sus fiestas son nuestros espectáculos, y el ir á visitar y acompañar sus insignes, nuestros pasajes... Entre tanto, el amor á los estudios y charreteras, á las crónicas de Alcantara y Calatrava, y al hábito de Santiago, ocupaba el ánimo de los pudientes, Carlos III, al enviar las milicias en Venezuela; y en otros países de América, obró con sabiduría. "Dámilos galanes y charreteras, títulos y cruces, á todos estos pecos de América, se dijo, los contento y los infu, pues con poco se satisfacen; y, por lo que respecta á los esclavos, me bastan al rosario y el litigio para que amen á Dios en los cielos y al Rey en la tierra.» Y á tal grado llegó el entusiasmo militar de los magratos de Caracas, que, no pudiendo estar todos ellos empujados en el primer batallón de milicias, crearon una compañía que se llamó de *sabios artesanos*, compuesta de setenta y cinco plazas, en la cual todos eran hombres respetados.

Entre los oficiales del primer batallón figuraba el Capitán Don Sebastián de Miranda, padre de Francisco, al frente de la compañía de blancos isleños, nombrado por el Gobernador General Solano desde 1764. Alternaba, por lo tanto, don Sebastián, con sus compañeros, los demás oficiales del batallón, casi todos ellos titulados; pero llegó un día, en 1769, en que quisieron desahucarse de Don Sebastián, que aunque rico, humilde y benévolo, había hecho su gran fortuna detrás de un mostrador, vendiendo víveres y lienzos, y trabajando con empeño en empresas comerciales. Eran estas ideas nuevas de la época. El círculo Tovar-Ponce, que contaba con los alcaldes de la ciudad y con el Ayuntamiento, los cuales, en fuerza de la ley tenían que ser venezolanos, quiso molestar al círculo español, y insistió en contra á Don Sebastián. Pero éste, que no era letrado, aceptó el reto de sus contrarios políticos, se defendió, batalló y triunfó por completo ante los tribunales y ante el Gobernador Solano. En última apelación al Rey, Solano no se hizo aguardar por mucho tiempo. La sentencia fué favorable al Círculo Miranda, y deprisivamente hablando, al círculo venezolano, pues don Juan de Don Sebastián con los títulos, honores, preeminencias y derechos adquiridos, y ordenada que, en lo sucesivo, tan de los diez alcaldes de la ciudad, que hasta entonces habían sido españoles, fueran españoles. Un regalo de á falta sufrió el Ayuntamiento por la conducta que había observado con Miranda, y le ordenaba además el Rey que no volviera á nombrarse en asuntos de milicia. Todavía más: por lo que respecta á la *Compañía de sabios artesanos*, abajó el momento que cualquier español tenía derecho á figurar en ella; lo cual equivalía á disolverla. (1)

Una perseverancia tan infatiga como impolítica, tal vez como era natural, el desenvolvimiento del círculo Tovar-Ponce, que hasta entonces había figurado en la escena. Aprovechándose de tan triste incidente, el joven Miranda alióse para seguir á Europa, donde le aguardaban grandes sucesos. Dejaba á Caracas á la edad de diez y siete años después para hallarse en España algunas cartas de recomendación con le habían proporcionado el General Solano, amigo de Don Sebastián, y otros amigos de su familia, le indicaban tan notable aldea á Francisco el camino de la gloria.

Poco se le crea, por esto, que el joven Miranda posea un espíritu tranquilo y que su educación en el mundo de las pasiones, estaba exacta de falta. Era un atolondrado, un calavera de á vida, espíritu impaciente, intolerante, gusador de la fortuna de su padre. Y tan insolente aparecía

ante su familia que ésta, por consejo del general Solano, capitán general de Venezuela, resolvió enviarle á España para que se dedicara ó se perdiera en los peligros de la sociedad europea. Sin embargo espíritu sagaz había comprendido que todas las locuras de Francisco iban á ser modificadas, tan luego como cruzara el Atlántico, lo que en efecto se realizó. Poco á poco, estimulado por el estudio, fuera de las atracciones del suelo natal, aquel joven impetuoso fue reconcentrándose. Era el comienzo de la transformación, y aparecieron las primeras líneas de aquella noble figura de faz serena y española, de aférez sencilla, de aspecto trágico de quien está predestinado más al martirio que á la gloria, como escribe Michelet.

Miranda aparece en los escritos de Thiers, de Lamartine, de Blanc y de otros historiadores, como nacido en el Perú, sin indicar, ninguno de ellos, en qué pueblo ó ciudad. Esto no es extraño, y no debe culparse á los historiadores, sino al mismo Miranda, el único responsable de este error, el cual comenzó á generalizarse en Francia, desde fines

frutos. En profesores y libros amplifica el joven Miranda buena parte de su fortuna. Resértese que, habiendo recibido de París una buena colección de libros sobre varias ramas del saber humano, la Inquisición tuvo á bien confiscarlos para hacerlos devorar por sus burocratas. Miranda apeló á su superior, el Conde O'Reilly, entonces general del ejército, basándose en el hábito de salvar del fuego su rica biblioteca; pero O'Reilly le contestó, sonriéndose, que lo único que podía hacer era quemarlos, pues también él había sido víctima de tan salvaje disposición. (2)

El primer ensayo de Miranda, en la guerra militar, tuvo cabida en la defensa de la plaza de Melilla, en la costa de África, cuando en 1771, sin motivo alguno, el emperador de Marruecos rompió la paz y hostilizó vigorosamente á Melilla y al Peñón de Vélez y Alhucemas. Bajo las órdenes del Brigadier Capuz, el joven Miranda comenzó con buen éxito su carrera. Al romperse la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos de América, despartióse en el joven Francisco el deseo de militar



ENTRADA A MACUTO

del último siglo, no porque Miranda negara su patriotismo, que bastantes pruebas dió del amor que le profesaba, sino por las respuestas evasivas que daba para eludir una serie de preguntas directas; interrogatorio espigado que no admiten los hombres dignos. Es el hecho que, cuando Miranda comenzó á buscar la atención del mundo europeo, la primera pregunta que se le hizo en los círculos y salas más nobles, versaba sobre el lugar de su nacimiento, á lo que él, con los paradosos contestaba con orgullo nombrando á Caracas; pero como esta capital no era conocida en Europa, nuevas preguntas tenían que acompañarse la corteza del General, cuando se quería saber algo respecto de la zona geográfica de Venezuela, de sus recursos, de sus adelantos, de su población, y de otros datos que en tales momentos se necesitaban. Tan pesadas cuestiones, repetidas á cada momento, hicieron que Miranda tomase una resolución definitiva con el propósito de libertarse del examen de geografía venezolana á que se le sometía constantemente; y la resolución fue ésta: decir que era natural del Perú, país conocido en el mundo social, político y científico, por sus riquezas, desde los días de Pizarro. Este es el origen que dio origen para que los historiadores franceses dieran á Miranda la nacionalidad peruana.

Al llegar á Madrid, el joven Miranda entró, como Capitán, en un regimiento de la ciudad, identificándose con entusiasmo á sus estudios de matemáticas, ingeniería, y idiomas antiguos y modernos. No satisfecho de los profesores españoles, pidió á poco licencia para seguir á París, donde deseaba hacerse de maestros; pero no le fué concedida la petición. Finalmente resolvió marcharse á Bruselas, y tan luego como llegaron, se dedicó con mayor entusiasmo á leer y escribir con Maistre, Diderot, Spinoza

en filas republicanas, y en tal sentido hubo de solicitar un permiso, que se fue negado. Mas cuando se rompieron las hostilidades entre la Inglaterra y España, en 1779, Miranda acompañó á Capuz, cuando éste pasó á Gibraltar. A poco siguieron ambos á Cádiz, y, durante esta época, pudo Miranda estudiar las manobras de la infantería. En uso se aprueba el ejército español para auxiliar con el triunfo la revolución de los Estados Unidos de América. De nuevo volvió Miranda permiso para acompañar las tropas expedicionarias, y en esta ocasión se le concedió, con el grado de Ayudante de Campes del General en Jefe de la expedición. Al salir de Capuz, Miranda asiste á todos los hechos de esta campaña. "La apertura del puerto de la Habana al comercio americano, escribió Chateaubriand, fué el resultado de la Florida del Tratado de las Islas de Bahama; la salida del Comodoro Grass para Chesapeake, cuyo resultado fué la captura del ejército inglés y la independencia de la América del Norte; y en fin la pronta salida de Jamaica, hecho, más ó menos, obra de sus consejos, y lo más fuerte en su vida civil, en pro de la libertad del Nuevo Mundo." (3)

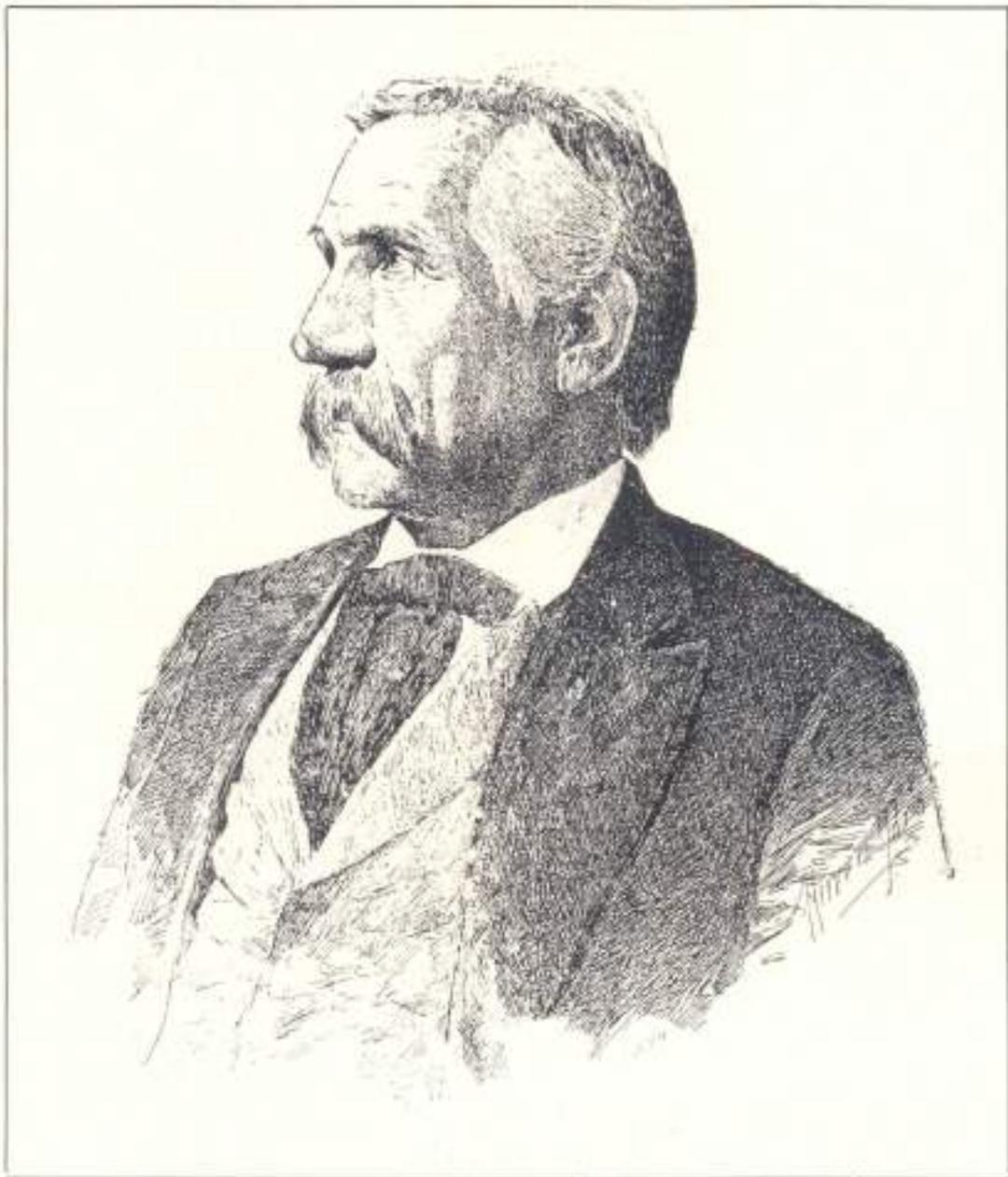
En la intensidad que actuaba entre Miranda y el General servía al momento la campaña venezolana de 1781, el soldado Góngola decía á su comandante: "Mi primer sentimiento venezolano traerá en él un estímulo de noble nacional, el pensar en la emancipación de los Estados Unidos; y el primer voto de mi alma en cuanto desearé inspirado por la libertad del suelo patrio, porque yo me he comprometido á luchar por la América una patria. Este sentimiento de amor por la libertad ejerció sobre mí

(1) Véase la nota sobre el título de *Compañía de Sabios*.

(2) *The Edinburgh Review*, En January, 1861.

(3) Chateaubriand *Memorias de un Soldado de Miranda*. — *Recuerdos de la guerra Peninsular*—tomo 1.º p. 242.





D. HERACLIO M. DE LA GUARDIA

so, y si queréis convenceros de la verdad de esta aserción hacédele hablar y escribir alternativamente, y veréis que en la conversación vacila, tropieza, deja ver la idea que rara vez expresa por entero; mientras que escribiendo parece que la corriente del pensamiento se desliza por el brazo hasta la pluma, la cual no se detiene hasta no poner el punto final, ó mientras voluntariamente no se interrumpe la línea. Casi no corrige, primero porque las ideas nacen con su vestido propio, y luego porque amando la exactitud del pensamiento, no gusta de someterlo á las crulezas del turno y de la lima. Hay escritores para quienes la idea es bloque de mármol donde el cincel y la lima lujan la obra; á tiempo que los hay para quienes el pensamiento es carne viva, donde no cabe alteración de forma sin que el autor se haga verdugo. Heraclio Guardia es de este número.

Labor prolija sería enumerar las producciones de Guardia, todas ellas á la altura de la reputa-

ción literaria del autor. Obtuvo el premio de la Sociedad de Ciencias Sociales en el certamen de 1869 con la famosa oda *La Libertad del Viejo Mundo*; el del certamen literario del centenario de Bolívar, el del centenario de Bollo, el de la sociedad Andrés Bello de Valencia, el acordado á un *Himno Nacional* en el certamen en honor de Bolívar (1878), el de los Juegos Florales de la Habana en 1887 con su obra *El Progreso*, un premio extraordinario de los mismos Juegos Florales, con su composición *Exhortación del Trabajo* y el premio del certamen en el centenario de Pizarro con su obra *Las Ovejas*.<sup>(1)</sup>

Nueve obras dramáticas de Guardia se han representado con éxito notable en los teatros de Caracas: *Comedia Médica*, drama en verso y

prosa, en 1849; *Poliocepto Salazarista*, drama en verso, en 1850; *Don Fadrigue*, *Gran Muerto de Santiago*, drama en verso, en 1840; *Passion*, tragedia en verso, en 1828; *Don Pedro de Portugal*, drama en verso, en 1860; *Giulio y Giubliano*, drama en prosa, en 1863; *Luchas del Progreso*, drama social, en 1878; *Fábula sobre amor*, comedia en verso, en 1870; y *Las Almas en Italia*, ópera con música del maestro Montero. Con *Giulio y Giubliano* alcanzó la condecoración del Busto de Bolívar, y con *Luchas del Progreso* una medalla de la invictidad de Cuzco.

Bien se ve, pues, que es éste uno de nuestros poetas más justamente aplaudidos, y creemos que el más laureado de todos.

Sólo una vez ha salido de su patria, enviado de Cónsul de Venezuela á México. Allí fué tan celebrado como en su tierra natal, allí el público mexicano tuvo la suerte que no hemos tenido

(1) Copia el autor de este artículo la lista de producciones al punto que aparece al pie de la obra de Guardia, en un tomo de los *obras*, Doncelego García, Barcelona, J. A. Oliva, número 2, J. A. Córdova.

## DILETTANTISMO

(DE UN LIBRO EXÓTICO)

I

Para descansar de sus estudios universitarios y darle la última mano á la traducción en verso de un poema de Shelley, Ruesque Aracil resolvió ir á pasar tres ó cuatro días en Macuto.

Llegó al Hotel del Casino. Saló á recibirlo Peñaranda, el anfitrión propietario y administrador del establecimiento. Un hombre originalísimo!

En aquella época Peñaranda era el alma del Casino y el Casino el alma de Macuto. Peñaranda inventaba, creaba, proponía, convenía y entusiasma. Su imaginación estaba siempre en movimiento, proyectando bailes, organizando excursiones, arreglando charadas, componiendo poesías y escribiendo canciones; preparando lamelas y confeccionando *wevas*; ideando deliciosos *refrescos* para enviarlos á los diarios de Caracas y girando partidarios para su candidatura á la Jefeatura del Municipio. No se contentaba, como tantos otros mortales, con una sola gloria; el nombre de gloria con que quería cubrirse debía reflejar las innumerables facetas de su variabilísimo talento. Nadie supo mejor que él mirar al viajero, recibirle con agilidad y apasionarle en la red de sus multiplicadas atenciones. En el instante mismo en que el viajero bajaba á la puerta del Hotel se encontraba frente á frente de Peñaranda,—alto, delgado, vestido de blanco, descubierta la frente, bien peinado el cabello, bien retorcidos los bigotes, fuercamente afiladas las mejillas y la barba; ojos, inquietos y afectuosos; aquellos negros; larga, fina y ligeramente arqueada la nariz, como si fuese un pancho de carne destinado á agrandar y atraer; comióla siempre la base por una sencilla acortadela; pronto, los dedos de las nerviosas manos á cogir á tiempo una usleta y á estrechar la mano del amigo. El semblante, el porte y las maneras de un *hishalge*, con un *no sé qué* de zalameo y modalesísimo. Estimar que inspiraba al momento confianza y simpatía.

Peñaranda cubría al viajero como á antiguo conocido; le acompañaba hasta la puerta de su habitación; la abrió y le estudiaba ó felicizaba, como si se tratase de abrir una puerta de cristales muy frágiles; le invitaba á entrar inclinándole la cabeza de un modo casi imperceptible; entraba detrás; daba dos ó tres palmaditas sobre las almohadas de la cama, para cerciorarse de que eran blandísimas; pescaba la escudillera mirando sobre el aguantaral, el *revero*, la mesa de escribir... y empezaba su discurso de costumbre, enumerando las

comodidades del Hotel y los placeres de Macuto; pero no el discurso vulgar de un industrial casiguera, sino un discurso en que se armonizaban la advertencia humilde y el reclamo del arte, que era un placer regalado darle mientras se abría la maleta de viaje.

Satisfecho el viajero del aspecto de su habitación y convenido el precio, Peñaranda continuaba su *abrusadora* tarea,—recibir y despedir á todo el mundo, llevar las cuentas de la casa, hacer la compra diaria en el mercado, dar órdenes en la cocina, redactar el *weva* (otra *maestra* en números y combinaciones), aderezar la mesa (maravilla siempre de gusto y previsión) discutir con los inquilinos el programa de un *sofá*, ensayar al piano una canción nueva, aprender de memoria el papel de una comedia de salón. Y no era eso todo; sino que Peñaranda tenía siempre una historieta adrede para regocijar á los tristes, una frase afectuosa para los tímidos, un proyecto de placeres para los atormentados, una flor para las señoras, un coctail sabiamente combinado para abrir el apetito. Más todavía; como los otros viajeros conocían ó estimaban á Peñaranda, éste no dejaba de sentarse á la mesa redonda, y con la fecundidad de su ingenio y el agradable *talante* de su *vera* contralada más que nadie le convertía la necesidad de comer en pasatiempo delicioso. No debe, pues, extrañarse que cuando en aquella época visitaban á Macuto, proformasen por todas partes que el Casino era el alma de Macuto y Peñaranda el alma del Casino.

A la misma hora que Aracil había llegado de Caracas otros excursionistas, entre ellos los Ministros. Era domingo, y Peñaranda se había levantado corriendo del comedor á la cocina y de la cocina al comedor para activar la preparación del *abrusero*. A las doce no había un asiento vacío en la mesa redonda. En esta cabecera de la mesa, un Ministro; en el sitio central de uno de los lados, Peñaranda, en frente de él una señora. Los demás comensales se habían sentado á su anejo.

Aracil, que había hecho el viaje de Caracas á La Guaira y de La Guaira á Macuto sin encontrar en el tren á ningún amigo, muy cansado de las tareas de los últimos días y de mal humor, porque el feo que hacía en Caracas al salir el tren y el intenso calor al llegar á La Guaira le habían causado un fortísimo dolor de cabeza, cambió por completo una hora más tarde. El recibimiento de Peñaranda y un baño en el río ahuyentaron la jaqueca, y la perspectiva de un almuerzo en buena compañía le abrió instantáneamente el apetito. Al sentarse á la mesa se preparó tres cosas: comer mucho, hablar lo menos posible y observar á los comensales. Tenía la pasión de andar buscando por todas partes detalles

nosotros de verle recitar sus propias producciones, alternando con Altamirano y el insigne Peza. Gran número de amigos, muchos admiradores y gratísimos recuerdos dejó en México, y más que todo esto, bien puesto y con honra el nombre de su patria.

Guarda es además notable periodista. Ha sido Director de varios periódicos importantes, donde su gallarda pluma ha abogado siempre por las ideas liberales que constituyeron su credo político. Entonces se ha señalado por lo que no es en el habla sino efecto de su temperamento y de la honra de con que pugna por llevar sus ideales á la práctica; se ha señalado por su moderación, por el respeto á las ideas de los demás, por su honradez republicana. En un país donde el ciudadano no tiene opción para inclinarse en el partido político que más cuadre á sus ideas, sino que se ve forzado á estar á la derecha ó á la izquierda por el hecho de llamarse Montecoso ó Capuleto; en un país donde la inclinación política le marca el apellido y no el programa, Guarda, independientemente de su nombre se ha distinguido en las luchas del círculo por su conducta congruente con sus convicciones, por su entusiasmo por los hermosos principios que amamos la mayor parte de los venezolanos, y que desgraciadamente con tan harta frecuencia sirven de pretexto á ruines traficantes para cubrirnos de vergüenza.

Se me agota el espacio de que puedo disponer por esta vez en El Cojo Ilustrado sin que haya podido hablar, siquiera de paso, de la escuela literaria de Guarda, bien que ésto más es materia de un trabajo detenido, antes destinado á la perdurabilidad del libro que al interés pasajero del periódico.

Sólo he querido no dejar pasar en blanco la ocasión, ya que tan grata me la ofrece El Cojo Ilustrado al obsequiar á sus abonados con el retrato de nuestro egregio vate, de tributar una vez más mi veneración al maestro, mi admiración al poeta, mi aplauso á una gloria de la patria, mi consideración al ferviente republicano y honrado político, mi profunda estimación al hombre laborioso y modesto, y mi cordial aprecio al noble amigo.

E. M. y M.

Octubre 27 de 1892.



PUERTO CABELLO — PLAZA DEL MUELLE

curiosos y tipos característicos para sus estudios literarios.

Desde el principio del almuerzo la conversación se hizo general y ruidosa, con la ruidosa franqueza que los americanos heredaron de los españoles. Tres de los condesales se distinguían en su hablar hasta por los codos; primero, una viuda muy joven y graciosa que continuamente interrumpía á Peñaranda sobre sus proyectos de diversiones; después, Peñaranda que á cada instante insistía en encuzar la conversación hacia la política maculeña, y no apartaba la mirada del plato de un Ministro sino para fijarla en el plato del otro; y por último, uno de los Ministros, el más viejo, que revelaba más ganas de seguir la divertidísima conversación de la viuda que las comprometedoras insinuaciones de Peñaranda.

Araúz empezó á observar con marcada curiosidad al Ministro hablador, á quien hasta entonces no había oído sino en el Parlamento. No quería despreciar la ocasión de oírle hablar familiarmente. Todo el mundo conocía al Ministro como hombre político de una habilidad consumada y como orador elocuentísimo. Su ya larga carrera pública era una sucesión de éxitos personales, á pesar de haber pertenecido siempre á los partidos ministeriales. No había caído nunca con el Gobierno en que figuraba; la derrota pasaba á su lado, sin tocarle; y al día siguiente del triunfo del nuevo partido aparecía él en puesto eminente, como si nunca e pactos secretos con la victoria ó su personalidad fuesen indispensables. Ningún otro le prestaba mayores servicios al Gobierno, como que era el quien entusiasmar á las mayorías parlamentarias en los momentos de indecisión, y sabía inventar á menudo la fórmula que era legal para interpretar en sentido favorable un artículo liberal de la Constitución. Y á pesar de todo, cosa increíble! la oposición no le hacía responsable de los abusos gubernamentales, ni los viciosos le guardaban rencor, ni los engañados le odiaban, ni sus antiguos amigos le humillan apóstata. A veces se tachaba de voluble; pero sin actividad, ó más se tachaba de voluble á una mujer en quien todo el mundo reconoce la natural inclinación á cambiar de amoros. A menudo le calificaban de inmovilista; pero sin ira, como si aquellos que habían creído en sus promesas se embolsaban á sí mismos culpados de intencional inmovilista.

¿Por qué tales contrastes?—se preguntaba Araúz, observando la cara afable del Ministro y procurando hallar en sus ojos algunas revelaciones de sus sentimientos íntimos.—¿De dónde viene que este hombre escape casi por completo á la vida de culpa que de todos partes sirve para envolver á cuantos gobernan en estas tristes tiempos?

Y por qué tanta atención fué distrayéndose de las directivas preguntas de la viuda, de las insinuaciones de Peñaranda y hasta de la charla graciosa y natural del Ministro, para contemplar intelectualmente, con curiosidad filosófica, algo de personalidad que le parecía interesantísima. El eclesiástico, que acababa de llegar á Macuto, con el propósito de divertirse, descansar y traducir versos, se sintió de nuevo dominado por un pasión de analizar caracteres, plantear problemas morales y resolverlos sucesivamente de modos diversos.

¿Por qué no?—pensaba, mientras los otros condesales discutían sobre la arena que desfilaba los bailes de mar y la manera de evitarlos.—¿Por qué no? He ahí el personaje principal de una novela que me he escrito, excitando la curiosidad del lector. Si yo logro ligar en un tipo todos los aspectos de la contradicción humana, mental que me parece existe en este hombre, no habré perdido el tiempo. Haría necesario el tipo en los varios mundos sociales y políticos por donde él ha pasado, su biografía se presta á ser también un capítulo de psicología. ¿De dónde viene él? Hasta ahora sólo sé que nació en provincia, ¿En cuál y cuándo? ¿Vive que medio familiar se pasó su infancia? El estudio de sus antecedentes me daría quizá la clave de algunas cosas de su carácter; el estudio en que me voy en esta página me serviría para analizar las influencias individuales y sociales que experimenta á través tal como ahora se presenta; y los datos que ha formado el mi Ministro y sus discursos parlamentarios me darían luz sobre las causas predominantes del estado actual de nuestra vida política. . . . Un hallazgo? Hoy mismo ponga mano á la obra.

El almuerzo había concluido. Peñaranda le dió una palmadita en la espalda á Araúz, que había olvidado servirse postres.

- No toma ser dignos?—preguntó Peñaranda.
- No, gracias.
- Frena tampoco?
- Tampoco.
- Café?
- De buena gana; meka, verdad?
- Caracollito, señor Araúz, descrezado y escogido expresamente para el Hotel del Casino.
- Pues venga una taza de caracollito, y una copa de cognac.

—Bravo! una copa . . . ya verá usted . . . del que me envía Hennessy mismo, mi condesal y amigo.

—Es usted un grande hombre, Peñaranda. Cuente con una crítica *reclamatoria* en *El Bohío*.

—Cuente con ella. . . Esta noche se baila y podrá agregarse algo sobre el asunto.

—Se agregará cuanto usted quiera.

—Y aptopósito, qué idea! Viene usted al pelo. En una charalita que preparamos para esta noche se necesita un poeta que recite unos versos. Usted es el hombre!

—Gracias por la elección. Empezaré usted por buscarse un libro de poesías, porque no cuento en mi memoria.

—Nada de eso. No se trata de versos aprendidos. Es preciso que los versos sean improvisados.

—Pues recójame su palabra. En duro aprisco me pone usted. Improvisar versos ya . . . así saldrían ellos!

—Nada, que improviso usted. . . ó hace como si improvisase. Tiene tiempo.

—Ya venga. Enrollo el trampo, y cuando me toque mi turno . . .

—Cabul. Lo eché usted á bailar. Con que . . .

—Improvisación . . . *avant le dîner*.

—¿Qué?

—Mientras Araúz bebía el café la conversación continuó en francés, porque uno de los talentos de Peñaranda era el poliglótismo.

Alcabo de decir minuciosamente el título de un carnage que se detuvo á la puerta del Hotel, pasó fin al cologne. Araúz saboreó las últimas gotas de cognac, creyendo un cigarrillo y se marchó á pasear.

—Buena idea—le pensaba camino del Parque—

He dado en el chivo. Estoy por creer que la casualidad es la madre de todas las buenas ideas. . . .

Como la oposición al Gobierno no puede hacerse decentemente no hay más que hacerla de un modo indirecto, no es en intervenciones públicas sino en insinuaciones íntimas, no á cuantos sino á individuos. Lo que ya á culture Estrella? . . . Pero es preciso que al principio no se den cuenta de mi propósito. Muchos datos en los primeros capítulos, mucha sandía sobre la cara de los personajes, para que el lector sospeche que mis personajes son sin embargo á insubordinados; mucha ironía y burla, muchos apogios impropios. La novela empezará antes del 54, en provincia. El Ministro mismo no podrá minutos en que voy á escribir su historia. Y si se quiere, por un instante, en los tres primeros por minuto; su corazón debe de haberse más cerca del fatalismo que de la maldad. Si consiguiera, se iría y moriría nada. En Francia le llamaban *le homme d'après*.

En realidad es un tipo interesante. Al observarlo hoy me ha parecido ver en sus ojos, por un instante, ciertos resplandores negros. . . . Dónde está claro?

Neces la psicología que me hizo en él. Hay siempre un momento en que el alma de todo hombre, por más diplomático y por más tímido que sea, se le asoma á los ojos. La dificultad consiste en aprehender el momento y atrapar al vuelo la imagen fugitiva. . . . La contradicción en la vida de este hombre y en sus actos llenos de contrastes son cosas que me provocan curiosidad sobre de las influencias exteriores en del hábito. En esto debe de haber elementos orgánicos ó físicos. Hoy, tarde, á la hora de comer, observé en sus ojos aquellos ojos azules de una vivacidad inquietante, aquella sonrisa que parece fluctuar entre la amabilidad y la ironía. . . .

Los extraños que á nadie se le haya ocurrido estudiar aquí la influencia principalísima que el cristianismo de macas ha tenido en ciertos caracteres; para lo cual no basta ni con mucho observar el color de la piel, ni el ángulo facial, ni la forma del cráneo. Se rá necesario ir más adentro; penetrar en el carácter mismo, partiendo de indicios tales como ese, como el resplandor involuntario de una mirada en que pasan, en momentos de un segundo con la rapidez de un rayo de luz, las almas de los impenitentes. Yo he observado así, en hombres blancos, simultáneamente con las miradas del hombre civilizado, miradas rimadas de esclavos negros y miradas desconfiantes de millos pecadores. La sangre hereda al través de siglos parece presenciar un instante sobre la sangre hereda al través de una á sus generaciones. . . . Si yo consiguiera mi novela con un estudio sobre estas dificultades esas!

Un objeto, conjetura de Araúz á Araúz é interrumpió su monólogo.

—Adiós, Araúz! Adiós, poeta!

Erán Angélica, Anita y otras dos amigas, que venían corriendo por una de las aceras del Parque.

—Es usted un hombre de palabra. Prometió venir á Macuto y vino; le dió Anita recibiendo la mano.

—Hombre de palabra, como siempre—dijo Anita, saludando éas apretos de manos á sus amigos.

—Esta noche se baila en el Casino—le dijo Angélica—Y usted será mi caballero para la primera cuadrilla.

—Pera rifa—observó Anita—si ya se lo prometiste á Pedreira!

—¿Qué importa?—contestó Angélica haciendo una mueca muy graciosa.

—No, Angélica—dijo Araúz—bailaremos la segunda cuadrilla.

—La primera! la primera!—replicó Angélica—Pedreira es muy bueno y no se enojará. Yo no sabía que Araúz estuviese en Macuto. A él le ofrecí primero en la Plaza Bolívar. . . . ¿Usted no se acuerda ya?

—Es verdad. Pedreira tendrá que resignarse á esperar. . . . ¿Son ustedes de la charada de Peñaranda?

—Ya lo creo—contestó Angélica—Él y yo somos los autores. A que no nos la muestra usted?

—Claro que no; como yo también soy autor!

—No puede ser; ya está ensayada.

—Pues sí puede ser. Peñaranda acaba de reformarme el papel de poeta improvisador.

—Vaya con Peñaranda! A nosotros que él se haya atrevido á agregar por su cuenta otra escena.

—¿Qué?

—Ya sé! aquello—interrumpió Anita riéndose—No entiendo á nadie que diga más cosas que esto. Señor. . . ¿qué? cuánto tiempo se queda usted en Macuto?

—Tres días.

—No más! Ya veremos. Nos lo apropiamos. Por el momento véngase á la playa. . . . Venía usted hablando solo. No diga que no; que lo vimos. . . . Esta noche como usted en casa. Usted no ve á mamá desde hace . . . un año! Y después de eso no acompañe al Casino.

Araúz aceptó de buena gana, y al continuar paseando con sus amigos, miró también á paseo el proyecto de novela.

JOSE GU. FORTOL.

RETAMAS

Mira el lago,  
Límpido espacio  
Que fiel retrata  
Lo azul del cielo?—  
Cómo liguras  
Ver un momento  
Su oscuro fondo  
De humo chico?

Ves esa planta,  
Gala del valle,  
De vivaces flores  
Haciendo florido?  
Cuanto veneno  
Secreto yaco  
Bajo el pedicelo  
De sus estambres.

Ves esa rosa  
De Alejandría,  
Que emantada  
Hecha la brisa?  
Gua! no la tojas,  
Que fumentada  
Oculta lleva  
Duras espinas!

Mira esa fuente,  
Pura y serena,  
Sin una sombra  
Que la oscureza,  
Como te engaña  
Con su belleza,  
Ah! no despiertes  
Esa coquebela!

A. HERRERA FERRER

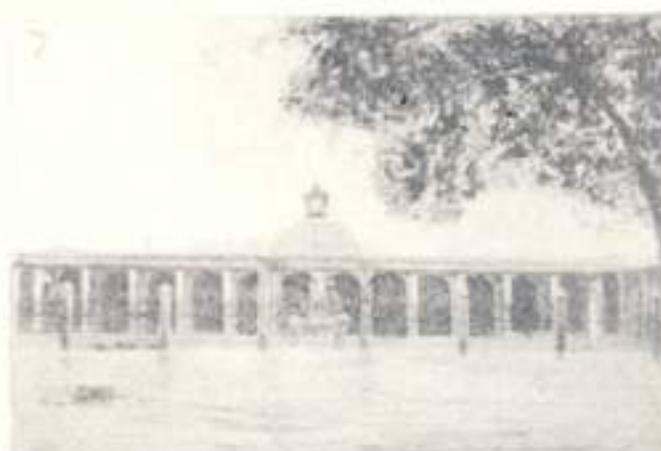
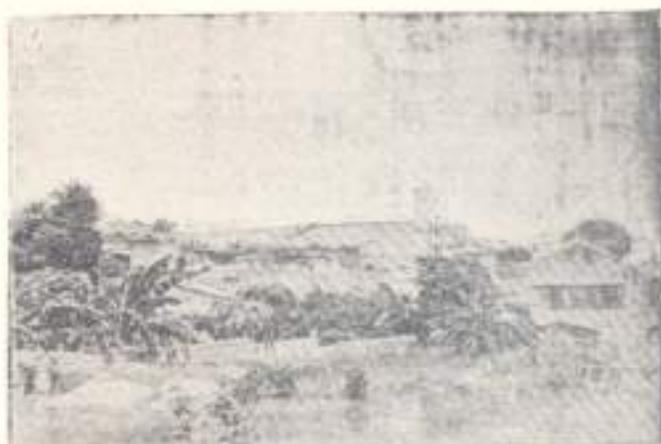
A. M. RICARDO

EN EL ALBUM FUNERARIO DE SU ESPOSA DOÑA LUISA ACHILERA DE RICARDO

¿Era estrella? era flor? Brilló en el suelo  
Y como flor marchita se inclinó;  
Como estrella, su alma ascendió al cielo;  
Como rosa, fragancia nos dejó.

¿A qué tu corazón lígimas vierte  
De la tumba en la oscura soledad?  
Cama de nueva vida, eso es la muerte;  
La muerte tiene un nombre: *Esperidad*!

JULIO CALCAÑO





INUNDACION DE CIUDAD BOLIVAR



LA LAGUNA DE ESPINO — HACIENDA VALLE ARAJO

## LA PROBIIDAD EN LA INFANCIA

—  
TRADUCCIÓN  
—

I

La probidad es una virtud singular, en el sentido de que no sólo hay grados, sino también categorías de probidad. Son los departamentos de una misma casa, pero que no siempre se comunican entre sí.

Hay pocas personas tienen naturalmente todas las probidades. Tales hombres reputados de honrados y que no os perjudicarían en un céntimo en una compra, os venden sin escrúpulo como excelente un caballo al cual le conocen un defecto irremediable pero no retributivo; la probidad de esas gentes se detiene á la puerta de la caballería.

Otros, que tendrían horror de tomar vuestro dinero, no os volverían lo que se les hubiese prestado.

Otros, sin duda, os volverán vuestro dinero y no os volverán jamás vuestros libros. Algunos coleccionistas apasionados á los grabados, á los autógrafos ó á objetos de arte, encuentran en su pasión una circunstancia tan atenuante, que ni piensan en tener remordimientos de su falta de probidad.

Uno de mis amigos trajo de un viaje de Méjico muchas curiosidades muy preciosas, entre otras una pequeña virgen de Guadalupe vestida de la manera más original. Llegó una mañana á su casa un furioso aficionado á baratijas y se apasionó á primera vista de esta pequeña estatua.

—Véndemela, os suplico, le dijo.  
—No es para venderla.  
—Os daré el precio que queráis.  
—Por ningún precio.  
—Pues bien, gritó él con el furor de su pasión; ¿dónde la tenéis?  
—¿Queréis comprarla? respondió riendo mi amigo.  
—Os consijo.  
—No puedo quedarme sin ella.  
—Esta pequeña estatua me ha trastornado la cabeza!  
—¿Buena bromera!  
—¿Me la rebusáis?  
—Sí.  
—Pues bien: la tomo.

Y al punto la tomó y se la llevó furiosamente, sin remordimientos, á la manera de los romanos robando en las Subinas.

Mi amigo estupefacto de este rapto original, le dijo:

—¿Sabéis que no os la doy?  
—Enteallá, dijo el ladrón.  
Y se fué.  
Ciertamente: un latrocinio cometido disimulada, fraudulentamente, puede ser más condonable, pero, en fin, no se puede decir que esta rapta fuese honrada!

Hay sirvientes, entre los más seguros á quienes no se les hace escrúpulo robarse una fruta, un vaso de licor, un pastel; lo que se come y se bebe

no se cuenta en su acomodaticia probidad. Un hombre se consideraría como desdichado si se le supusiese capaz de jugar con cartas marcadas; pero que el azar ó aun la mafia le proporcionen un secreto cuya divulgación influya ciertamente sobre los fondos públicos, y correrá á jugar á la Bolsa, á suerte segura, como quien dice, con dados cargados.

Conozco gentes honradas que no vacilan en engañar al tesoro público con falsas declaraciones de ventas y de arrendos, bajo pretexto de que el Estado no es alguien. Pero es algo más que alguien: es todo el mundo, y todo el mundo representando lo que hay de más sagrado en la sociedad: la ley. No importa; si comete débilmente el fraude, aunque sea agravado por una mentira, y por una mentira firmada.

No puedo acordarme á este propósito sin reírme, y con emoción, sin embargo, del rasgo característico de uno de mis caros amigos. Cumpla en todas las cosas de la vida, y sobre todo en las cuestiones de dinero, una inflexibilidad de principios absoluta en la probidad, una delicadeza que toca en la caballerescas y que le ha valido el sobrenombre de Don Quijote.

Pues bien: X, venía de Bélgica con su suegra. La buena señora había comprado en Malinas magníficos encajes y los había escondido discretamente en sus maletas entre sus ropas. Llegados á la frontera su yerno le dijo:

—No olvidéis declarar vuestros encajes, querida mamá.

—No faltaba más! Tendría que pagar derechos enormes.

—Pero esos derechos los debéis.

—¿Los debéis? ¿A quién? ¿Por qué?

—Porque hay una ley sobre la importación que impone derechos.

—¿Acaso he hecho yo esa ley? ¿Acaso se me ha tomado mi parecer para hacerla? La encuentro absurda, la encuentro inicua, opresiva, y no cumpriendo como un liberal como vos apruebe tal tiranía; burlarla es mi derecho.

—Pero eso es contrabando, señora, y el contrabando es un fraude.

—Hasta, repuso ella con sequedad. No tenéis la pretensión, imagino, de enseñarme lo que debo hacer; por lo tanto callaos.

El se calló; mas cuando llegó al examen de las maletas y el aduanero preguntó á los viajeros si no tenían nada que declarar, mi amigo, con la calma que le es propia, respondió:

—Sí, señor: esta señora tiene encajes de Malinas que creos deben pagar impuestos.

El furor de la dama, ustedes se lo imaginarán. No podía decir nada, el aduanero estaba allí, y fue necesario abrir las maletas, desdoblarse las piezas de Malinas y pagar un derecho que le pareció exorbitante. A cada pieza de encajes que mostraba y á cada suma de dinero que entregaba, lanzaba á su yerno miradas furiosas é imprecaciones soeces que él escuchaba con una flemta imperturbable. Pero la historia tuvo un desenlace imprevisto.

La vista de la honradez tiene tal ascendiente aun sobre los mismos que condena é irrita, que concluida la visita y quedando solo los dos viajeros, la suegra de mi amigo se volvió hacia él y después de un momento de silencio se cogió de su cuello diciendo:

—Mi querido yerno: sois un hombre honrado; es preciso que yo os abraze.

He aquí un preámbulo demasiado largo. ¿A qué conduce?

¿A dónde nos conducen todas estas reflexiones filosóficas? A un hecho particular de que ellas han nacido y que pone en escena el objeto de este estudio: la probidad en la infancia.

Estoy desde hace algunos años en relaciones de confianza afectuosa con una madre que me llama riendo su consultor moral. Cada vez que la educación de sus niños hace surgir ante ella alguna interesante cuestión relativa á la familia, me la comunicaba y de ahí nace una correspondencia entre nosotros en que las cartas que recibo van con más frecuencia al fondo de las cosas que las que yo escribo.

Voy á dejar la palabra á esta madre. Bajo su pluma el relato será una acción.

II

«Julio 2.—Mi antiguo amigo.—Desde siete años ha, como lo sabéis, mi hijo me ha hecho hacer bastante camino en el mundo de las reflexiones y de la conciencia. Hoy me arroja en una indecible emoción. He aquí desarrolladas mis ideas sobre las herencias morales.

Creo en las buenas curvas, y en las buenas razas. Uno de mis gozos al casarme con mi marido era pensar en todo lo que hijos nacidos de semejante hombre, traerían á este mundo en materia de probidad nativa y honradas sin mezcla.

Un hecho insignificante ha puesto mi espíritu en confusión.

No me habría asustado si hubiera sido aislado, pero ya algunos síntomas fúgtivos y algunos indicios vagos hubíais despertado mi solicitud á este respecto.

Una anciana tía que vive con nosotros tiene la manía, muy común en las personas de su edad y de su tiempo; la manía de las provisiones. Recordáis que los armarios llenos de ropa blanca eran el orgullo de nuestras abuelas, y los armarios llenos de conservas eran su placer. Mi anciana tía posee, pues, un cajoncito donde guarda dos ó tres libras de azúcar en pedruzcos para asegurarse de atenerlo para un mes, el servicio regular de su café con leche por la mañana y de su vaso de agua de azahar por la tarde.

La destreza *regis-trata* de los siete años de mi hijo, bien pronto descubrió este tesoro, y en cuanto sale mi anciana tía, ved ahí á mi merodeador que entra á la pieza á paso de lobo, quita la llave del cajón cuyo secreto ha descubierto, y saquea el almacén con la discreción del que cuenta con cóver más tarde. Hasta aquí, sin duda, nada de bien grave; la moral de muchos niños no se eleva con frecuencia sobre la de los sirvientes; lo que se come no se toma en cuenta; robarse las golosinas no es un robo, y lo que hay de regarreta en ese latrocinio es todavía una circunstancia atenuante.

Sin embargo un detalle me hiere y me entristece: es el uso de la llave.

Si el cajón hubiese estado abierto; si la tentación se hubiese ofrecido á él inopinadamente; si no hubiera sucumbido más que una vez, yo le excusaría; pero la premeditación, la combinación, la reincidencia, constituyen un verdadero latrocinio. El sabe bien que hace mal, pues se escuda; la moderación misma que emplea en sus fraudes, su arte en dejar pasar tiempo para poder disimularlo y comenzar de nuevo, todo esto muestra un espíritu de malicia que es muy frecuente compañero de la improbidad.

Así, cuando mi anciana tía, que sabe sacar sus cuentas, puesto que su cajón es llevado como un libro de gastos y que el total de pedruzcos se divide en tantas porciones como tazas de café y vasos de agua con azahar consume al mes; luego que ella, en consecuencia, me ha dicho: «Me han tomado dos el martes, tres el subsecuente y uno solamente el domingo, me he añadido más ó la consecuencia de estos pequeños latrocinios, que de los latrocinios mismos; ¿Me alarmo sin razón? Respondedme!...»

Yo le respondí inmediatamente:

«No os angustiéis demasiado ni demasiado pronto.

Har con frecuencia entre los niños algo del zero, ó más bien del pequeño salvaje.

Entre los salvajes la idea de la propiedad es muy confusa; la distinción de *habeo* y *non habeo* consiste generalmente en tomar la *habeo* para hacerlo *non habeo*. Es otra y honor de la civilización é haber elevado hasta el rango de una virtud y de un deber el respeto al bien de otros; á este título entra en la educación, y no es sino una cosa más que tenéis que enseñar á vuestro hijo.

Agregad que la golosina tiene su parte en la pequeña improbidad de vuestro hijo y la explica. En



SANTA INES — CABACAS  
Casa de habitación del señor General Joaquín Cordero, Jefe del Pabellón Ejecutiva

consecuencia, no hay motivo de temores excesivos; nada que se asemeje en él a una perversidad excepcional. Solamente comenzad vuestras lecciones lo más pronto posible.»

Algunos días después recibí esta segunda carta: «Julio 10.—Mi inquietud se ha convertido en pesar. No puedo dudar: ya mi hijo no es honrado, largado.

Cada mañana va a una pensión vecina, y vuelve a la hora de comer. Esta pensión maternal y esta asistencia que dura todo el día, nos han obligado a constituirle un pequeño presupuesto para su almuerzo, sus compras y sus paseos del jueves. Tiene, según una palabra familiar, su pequeño *diócesis de bolsillo*.

Aunque mis libros no sean tan rigurosamente llevados como el cajón de mi tía, con todo, cuento y quiero contar.

Grandes fueron mi admiración y mi pena cuando creí percibir que mi hijo había llenado su bolsa de colegial a costa de la mía. Desde luego rechazaré tal sospecha; me pareció que lo calculaba; pero ayer, llamada por una visita al jardín, dejé inadvertidamente tirado sobre una mesa un portamonedas, cuyo contenido acaba de contar.

Era domingo, día de asueto. Salgo del salón, lejos del jardín, donde me esperaba un visitante; mi hijo jugaba allí con su hermana.

Entré en el pequeño bosque para pensar con el vecino que venía a verme, cuando de repente, a través de los árboles, veo al niño deslizarse en el salón, y dos minutos después salir vivamente con aspecto agitado. Vuelvo; entro a mi portamonedas; faltaba una moneda de 5 un franco y otra de 5 centavos céntimos.

Este fue para mí un golpe espantoso.

Cuando salí sobre un sillón sollozando. Sin duda a los niños les parece que lo que es de sus padres les pertenece. Se dicen acaso que no nos roban sino sus propios bienes. Quiero creer que su falta no es sino ignorancia, un error de conciencia, más posible ser también el germen de una enfermedad incurable. Los británicos principian así.

Esta perversidad precoz estalla a veces entre los hijos de las padres más honrados. El hijo de uno de nuestros más caros amigos fue arrojado a los diez y seis años del colegio por haber robado a uno de sus compañeros una moneda de cinco francos. Si semejante desgracia nos sucediese, no sé lo que haría mi marido. Me estremeció de pensar lo que él haría si solamente supiese las tutorías de su hijo.

¿Qué partido voy a tomar? ¿Cómo cortar en su principio, cómo desarraigar en su germen este vicio nacido?

En materia de curación moral no creo sino en las que uno hace por sí mismo. No creo bien muertas las plantas venenosas sino cuando se las arranca uno mismo del corazón con indignación y violencia.

He aquí lo que busco. Una prueba, una prueba decisiva, radical que me abra su alma y se lo abra a sí mismo. Es preciso que yo sepa lo que allí pasa, lo que allí se oculta. Es preciso que sepa lo que sé y lo que puede estar horrorosa, bestia oculta en el lugar interno de mi hijo. Si encontraré alguna media, escribirélo; si yo encuentro alguna os escribirélo.

Julio 15.—He encontrado al médico. Mañana hago la tentativa. Lo que ensayo es bien grave; pero verá claro al fin. Tendré misos en vísperas de una operación de donde debe salir la resolución del médico, que os dice:

—Vuestro hijo está perdido, a vuestro hijo puede ser salvado.

«Dos días después.»—He aquí lo que ha pasado. Escuchamos ruidos en las tres en el salón; mi marido, un hijo y yo. El niño escribirá un deber.

Entonces con voz un poco enternecida, que traté de aparentar calma:

—Amigo mío, hijo a mi marido, tengo una mala nueva que dices cuenta.

—¿Cuál?

—Tú tienes como yo alguna infección a nuestro pequeño sirviente José?

—Ya lo creo lo he visto nacer; lo he contratado con su madre hace tres años, cuando aún le amamantaba, para tenerlo a nuestro servicio; es hijo de buena gente; lo quiero mucho. ¿Qué le ha sucedido?

—Vuestros amigos, querido amigo, hacen mi respuesta más difícil.

—Habla.

—Pues bien, querido amigo; creo que José no es honrado.

—¿Que no es honrado José? ¿Qué no es prueba? ¿Imposible!

—Y si es cierta que estoy casi segura, más que casi segura de que ha robado.

—¿Robado? ¿Robado mi marido? ¿Robado? ¿José? ¿Cuándo? ¿A quién? ¿Qué? ¿Qué pruebas tienes?

—Una prueba irrecusable! Es a mí a quien ha robado.

—¿A vos?... ¿Después de todo lo que hemos hecho por él? ¿Después de lo que hemos educado

como a nuestro hijo! Pero esto sería tan abominable... como si nuestro hijo... ¿Cómo habéis notado?...

Me quedé un momento sin responder, siguiendo a mi hijo con la mirada.

Se había puesto un poco pálido al principio de la conversación, y aunque siempre inclinado sobre su papel, su pluma se había detenido y escuchaba.

Yo continué llorando.

—Hacer algunos días había olvidado mi portamonedas sobre esta mesa. Un ligero temblor se apoderó de mi hijo. Saltó la cubierta cajeta de sus monedas.

Cada una de mis palabras aumentaba el temblor de mi hijo.

Continué llorando.

—Después al jardín dejando a José aquí al lado, en la biblioteca, que limpiaba y donde le sentaba y veía. No había sido que en estas dos piezas. Después de algunos instantes de pausas volví llorando y sentí pasos que parecían precipitarse para salir. Entré en la biblioteca. José no estaba ya. Corrí a mi bolsa y faltaban dos monedas.

—Mi hijo se puso livido.

—El robo es, pues, evidente... Ahora, mi querido amigo, ¿que es preciso hacer?

—Mi marido guardaba silencio. Parecía profundamente conmovido. Su facción, de ordinario tan tranquila, indicaba una perturbación extraordinaria. Respondió al fin con voz muy alterada.

—No hay más que una cosa que hacer; decirlo todo a sus padres! ¡Dadles gracias! ¡qué golpe! ¡Corazones tan honrados! ¿qué va a pasar al padre? Me figura lo que sentirá si supiere que mi hijo...

Aquí se detuvo; sus lágrimas eran nulas le abrogaban la voz.

Yo miraba a mi hijo; sus labios chocaban unos con otros.

—Pero ¿qué le dirás a sus padres, mi amigo?

—Ya os lo he dicho; todo.

—¿Y volverá a José?

—¡Si volverá! ¡gritó él. No podrá verlo más! Los hermanos me causan horror.

Me asomé al ver el rostro desesperado de mi hijo. Nosotras, madres, llegamos pronto al fin de nuestra infidelidad, y replegamos dolosamente.

—Cámbale, mi querido amigo. Ved que José no tiene más que tres años. Todavía es posible corregirlo. Hay mucho de inocente en las faltas de ciertos niños. Haced a menudo el mal por que creen que no es malo.

Hablaba por mi hijo para reconfortarlo un poco consigo mismo.

—No valdría más, agregó, dirigirse a la conciencia de este niño, hacerle sentir a él mismo su falta?

—Sólo un golpe violento, respondió mi marido, se la hará sentir. Lo que ha hecho es injustificable. Os prometo vengar la ríeña del padre. Tal como yo lo conozco podría ser terrible. Mas si él me pide un consejo se lo daré sin titubear.

—¿Qué le aconsejaréis?

—Poner por tres meses a su hijo en una casa de corrección.

—¿En prisión? exclamé.

—Mi idea no iba tan allá.

—Mi hijo estaba pálido de terror.

—¿En prisión tan joven todavía? ¿cuánto años? Su pesar acá una desesperación.

—Tanto mejor; la locura será más fuerte así. Por otra parte la muerte! ¿Cómo! Venimos todos los días pulcros niños desgraciados que espían por medio de la tentación latrocinios que escapan el hambre, la ignominia, el almidón, y cementos esta pena a los niños que nacen por vicio!

Tembló al oír esta palabra cruel.

—Si, por vicio! Porque está al abrigo de la tentación gracias al bienestar, y precavidos contra el mal por la educación. Si hay un medio de salvar a José es éste. Puede que no sea irrecorrible; pero sólo un castigo terrible puede corregirlo. Es preciso, antes de entregarlo a la sociedad que haya aprendido por el sufrimiento, por la humillación, lo que es esa gran virtud, la probidad, que es el fundamento del estado social mismo puesto que sin ella no hay en el mundo más que mentira, iniquidad, despojo y odio. Voy a escribir al padre de José.

—Mi marido después de estas palabras, se levantó y se dirigió a su gabinete; pero mi hijo, movido por un resorte, se había levantado al mismo tiempo, y arrojando hacia su padre se puso en tierra.

Parecía que quería ponerse bajo sus pies y gritó con una mezcla terrible de sollozos y lágrimas.

—Yo no quiero. No iré. No escribiréis. José es inocente. Soy yo, soy yo el culpable.

—Tú! gritó mi marido levantándose violentamente.

—¿Sí, yo! dijo el niño, cuyo terror había desaparecido ante el sentimiento del peligro de su familia. Sí; yo! soy yo quien ha tomado el dinero de mamá! Soy yo quien debe ser enviado a prisión. ¡Quiero que me envíes! Tienes razón. Castígame, castigadme!

Y su voz se apagaba con sus lágrimas.

—Mi marido había caído aniquilado sobre un sillón. Yo aproveché ese momento para levantar al niño, tomarlo en mis brazos y llevarlo a la pieza vecina diciéndole:

—¡Chuchón! ahí!

Después volví donde estaba mi marido.

—Os lo digo la verdad, le dije. ¡El es el culpable! Yo lo sé; lo he creído, os lo voy, que era necesario tenerlo terrible. He tentado la prueba. Por muy cruel que ella haya sido, me felicito. Su confesión, y sobre todo la manera como la hizo atenta un poco su falta a mis ojos. La falta era de un niño; la confesión es de un hombre. El fondo mismo de su alma se ha mostrado, y esta alma no es baja. Cultural vuestro dolor, amigo mío; hemos quebrantado la cadena de la serpente. Vuestro hijo será digno de vos.

—Mi marido no tuvo fuerzas para responderme; se levantó sin embargo, me siguió, y entramos en el pequeño salón donde yo había concurrido al niño. No estaba. Admirado, casi inquieto, me abalancé hacia la ventana. ¿Qué fue lo que vi? mi hijo corriendo hacia José que estaba bajo de la gradaría, arrojándose en sus brazos y dándole un pequeño reloj que había comprado con el dinero de sus aguilardos y el precio de sus buenos puntos del año.

—José se resistía y rebuznaba al reloj.

—¿Tómalo, José! Tómalo, le decía mi hijo; te lo regalo.

—Su pensamiento, que adviné, me conmovió profundamente. Esta necesidad de regalar, de compensar la injusticia que él no había causado; pero si estado a punto de cursar a su compañero; esta idea de indemnizar la sospecha injusta que había hecho pesar sobre él, me pareció de un corazón demasiado delicado para ser pánico; me volví hacia mi marido y le dije:

—¿Estáis tranquilo ahora?

—Un golpe tan cruel no se olvida tan pronto, me respondió. Estoy conmovido, pero no inconsolable todavía.

En ese momento entraron José y mi hijo.

—Señor, dijo José, he aquí un reloj que el señor Mauricio quiere absolutamente que yo tome. Pero yo no quiero. No puede darme puesto que se lo han dado a él. ¿No es cierto, señor?

—Mi marido quedó un momento cortado. Las lágrimas rodaban de sus ojos.

—Está bien lo que haces, José, dijo al pequeño sirviente; no quisiera lo que me nos pertenezca, esta es la probidad; renunciar lo que se cree no poder aceptar, es un gran talento; una es delicadeza. Das en esto a mi hijo una doble lección, y esgero que la aprovechará. Toma ese reloj; yo te autorizo para ello. Vete niño.

—José salió tan contento como feliz. Mi marido se dirigió a su hijo y le dijo:

—Te prometo olvidar lo que ha pasado, pero con una condición: que lo recordarás siempre!

E. LEGRÉ.

(De la Antología Tráves)

## AGUSTIN MORASSO

De año a año podemos cultivar este en que vivimos, pues sin tregua bajan a la tumba personas honorables en las ciencias, las artes, la industria y el comercio; y una de estas pérdidas que lamentamos de errar es la del que fue nuestro buen amigo AGUSTIN MORASSO, cabalero a carta cual, dichoso de honores domésticos y social.

La Guerra, que fue su campo de lucha y de sus triunfos apacibles, pero no menos ciertos en la fuerza del comercio, honra eternamente la desparición de aquel cuyo nombre siempre sonaba como eco grato en el corazón de todos; y Caracas, residencia de su noble hogar honrar siempre la memoria de quien supo conquistarse uno de los primeros puestos entre los jefes de familias distinguidas.

Novotras, desolados por la extinción eterna de aquel ser que supo siempre satisfacer plenamente nuestro corazón de amigo, entranos en estas líneas a su afligida familia y al señor Coronel Helmanal su socio, la expresión sentida y muy sincera de nuestro acerbido dolor.

EL TRABAJO

SUS INCONVENIENCIAS

LA SOCIEDAD "LA COLLA DE SAN HUSE" LE ARREVIÓ EL PREMIO EXTRAORDINARIO EN LOS JUEGOS FLORALES DE 1887

¿Recompensa, explicación; bien ó castigo Eres tú para el hombre?—Yo lo ignoro Mas somético á tí tu afán bendigo Y tu poder universal adoro. Que eres fecunda fuente Quien por arenas de oro se muda lleva; Por tí la tierra transformar se siente, Busca la perfección y á Dios se eleva! Tú das á todo vida; De tí el progreso y su esplendor irradia Y la esperanza hacia otro Edén concebida Con las delicias de una nueva Arcadia.

Oh, ley bendita y santa Que dignifica al hombre y le refina! De su hecho de espumas le levanta, Si deber noble, si virtud sublime! Ángel del bien á la miseria odiosa Del caro hogar aleja; Detiene el crimen, escadena al vicio; En el materno seno al hijo deja Y se ofrece al amor en sacrificio! Su poder y su influjo maravilla: Que allí donde recorre Honra y aplausos y el deber se ama Todo renace y brilla, Y se trasforma y vive V en alguifantes dones se derrama.

De las calañas las pulcricas croa, Aire hace y luz por el cristal la avilla, Y el rayo sumaterial de luz fibrosa A través lleva oscura Y con extraños, rápidos pinceltes, Y gracia y hermosura El arte emula del divino Apheles! Trabajo, eres el vicio Que á la presente edad rosca y gila, Y por tu amor el crimen, que proscribo Y airado el bravo su puñal blandía, Se arroja á la captranza, En la virtud confía, Y á solas y contigo y su conciencia, Al ver su error, que á sanar se anima Halla en tu choro afán paz y alegría!

A las silvestres eras, Al intrincado bosque, océfil llano, En fértiles praderas, Productiva heredad, vergel humano, Convertes tú con generosa mano, Va manto de oro ó vívula comrakla, Del entraseado monte Por la insubstancia labla Se tienden hasta el limpo horizonte: Va tuercos dócil su corriente el río Clifensó al prado con musical gualtada, Cuando nevaria y riego El ordenado ya férax plúvio, Va próspera la veza, Tendida al pie de la campestre pastanria, Del labrador en premio á sus fatigas Prosperidad le ofrece y abundancia En manojos de frutos y de espigas.

Va luego crece, alienta Con más alta ambición, surca los mareas Las ondas desafiando y las tormentas; Va en risticos achares, Salvaje sócrol, sierras incultas, Fátiga asola la tierra, Bajo a las fragmas en su serm cañales, Y en paz de las que surterra Riegos inclados que inundó su flama, Haes saltar la roca Y cuando al trueno que estalló profundo El bien ansioso por su amado troca, Prélago lo derrama, Dando equidencia y bienestar al mundo.

En las ciudades tu amador despierta A tu reclamo alerta Con las aves, las brisas y las flores, Y de su bello saltz Al despartar los prístinos alhaces Con que la usura al Universo comulca, Y como á lo quierres Buscando tus favores, Va contento y feliz á los talleres, Que adren al sol las archas exlovas, Porque, al estruendo de fabric orquesta, Venca á momentar las castas alegrías De aquella paternal y noble casa, Jovial allí el ingenio, muez astoso

Se pliega dócil, bell obedox, Y en infanta vari-dad ofrece Gloria á las artes, al placer ó al gusto! Es ya Colón á cuyo ingenio ardiente El hierro se elevaba, Va fallado inquietante Buscando el raro canalte en la resaca.

Va en empresas mayores Valor cobra y aliento, Y uniendo la constancia con la idea Va sobre el hierro en ímpetu violento, Y voz del pensamiento En la eléctrica chispa comulca! Y no repusa ó cede, Y osado, decidido Los dominios del rayo desafía; Porque tarde el vapor seguir no puede El vado y ambición de su osadía; Y tras cada fracaso se levanta Mas fuerte á la porfía; Y no temer le oprimo, Lo ignoto no le espanta; Porque si el vicio arrojado gimo: El trabajo que espera siempre canta!

Y así como se enlazan, Los puertos á los puertos, Las naciones se entienden y se alzan Profundado de los mares los desiertos! Y así como en herencia Los siglos á los siglos se han legado Los tesoros del arte y de la ciencia! La luz por tí que el pensamiento abraza Y á quien el genio inspira No muere sola que pasa, Rayo que brilla y que en la sembra aspira; Y el dulce canto que entusó la lira La palabra que luce, Luz ó evidencia, sin perder sus galas Al progreso del mundo contribuye Fatigando los tiempos con sus afás.

Y así, todo adquiere Del trabajo forjando al modo siempre Valor, vida, hermosura, Nada al calor de sus caricias muere, Y no hay resulto aduismo ó mucho oscuras A que se sirva su esplendor de farsa.

¡Cual de allí el comento Y ex recinto de abiertos y delicias El techo donde vive Y el amor pariticas con tu alienta! Como en premio tráfica, De tu afán y cuidados, el curfio De la féla esposa yerno mudo Que conigan tu salud con sus caricias!

Oh, Ley de bendición! Cuando los hombres A tí se inclinan y en tu gloria crezan, Y confabulika las diversos nombres En el de dicha universal se vean, Entonces, sólo entonces, envuercida La tierra en el Edén, como Dios quisio, Arde de tuos bien, fértil de vida Habrá de ser del nuevo paraíso.

México: Octubre 7 de 1887. HERACLIÓ DE LA GUARDA.

EL DESCUBRIMIENTO DE UN MUNDO

Ó UNA PARTIDA DE AJEDREZ EN EL AÑO 1492

Por Castilla y por Leon Nuevo mundo halló Colón.

Traducción y prólogo de "The Book of Chess" de H. H. Agard

Por estas impresas que existen del cronista Ferrnando del Pulgar y por sus memorias de la época de los Reyes Católicos, ha conseguido la historia que el Conquistador de Granada y explorador de los Mares del suelo de Castilla, era muy apasionado por el ajedrez. "Era el Rey Ferrnando," dice el historiador, "muy afecto al decentable juego del ajedrez; dividía los pocos ratos de ocio que le dejaban las ocupaciones de gobierno y los males de la guerra, entre la exaltación de la caza y el noble juego."

En las partidas de Colón se han encontrado manuscritos, las dos cartas que siguen, del célebre navegante de Genova, dirigidas familiarmente por el cronista á un ilustrado doctor, íntimo amigo suyo.

Santa Fé, 2 de febrero de 1492.

Querido amigo:

Si no me espusiera, debería haber visto, durante nuestra última visita á la Góta, á un Genovés llama-

do Cristóbal Colón; de lo contrario, de seguro que habréis sido hábil de él, pues su nombre se ha hecho últimamente tan popular como los nombres de Martín Bravoto.

Varios consideran al Genovés bien merecido, mientras que son muy dudados los que le conceden algún premio. Probado que la tierra es redonda y que necesariamente debe existir, más allá del Océano, un continente que sirva de contrapeso al habitado por nosotros; que, en todo caso, si alborotados mares, no hubiese países enteramente desconocidos á los nuestros, África que hacia ya un tiempo se esperaba rumbo al Oeste, debería dar la vuelta al mundo completamente, llegando á las costas orientales del Asia y á las gloriosas playas de Cipango, descritos por Marco Polo.

Colón llegó aquí cuando estábamos en campaña contra los Moros en Granada, sometido en proyecto á los Soberanos, pero no encontró ningún apoyo. Le manifestaron que los gastos de la guerra habían agotado el erario público.

Después de la toma de Granada, Colón repitió su petición y se envió en hacerle comparecer ante un Consejo de sabios doctores y teólogos, quienes finalmente se reunieron en Salamanca, con el objeto de tomar en consideración sus extraordinarias proposiciones. Defendió valientemente sus teorías, pero los doctores resolvieron que la tierra no es redonda y que erer en andipada es un acto de herejía. Nuestra buena Reina Isabel, que no tiene grandes pretensiones de poseer conocimientos de física ó geometría, no se ha atenido, no obstante, á la decisión de sus Consejeros. En ella de opinión, que la conquista de "El Dorado" proporcionara suficientes riquezas para rescatar al Santo Sepulcro del poder de los infieles y que en todo caso vale la pena intentar la empresa. Así mismo ha llegado á decir nuestra Soberana, que deseaba que el Genovés explorara su proyecto; que si se necesitaban fondos, ella emprendería la expedición por cuenta de su propia corona de Castilla y empañaría sus propios capitales para formar la cantidad requerida. No ha llegado, sin embargo, el caso de tener que aplicar á esta medida extrema. Luis de San Angel, gobernador de las rentas celestias en Aragón, ha conseguido adelantarse el dinero y la Reina ha aceptado su ofrecimiento gustosamente. Otra dificultad se ha presentado en seguida, á pesar de eso. El Genovés no quiere hacerse cargo de la expedición sin ser remunerado previamente. Al fin, y al cabo, Virey de las Indias que llegase á descubrir, Apocalíptico le ha sido autorizado formalmente y se dice que mañana partirá de negro á Palos de Moguer. Se supone que sea su intención ofrecer sus servicios á otro Soberano.

Santa Fé, 4 de febrero de 1492.

Querido amigo:

No me he olvidado lo que nos dijo Antonio de Lebrija en una de sus últimas lecciones:

"Cuidado de despreciar circunstancias incidentales, por insignificantes que parezcan, pues suelen producir importantes resultados." En la Góta—dicho esto, debe tenerse esta máxima siempre presente, pues muy a menudo ocurren oportunidades para su aplicación. En esta carta es dado un importante ejemplo de la exactitud del buen Antonio y de su razón, podrá el mundo contemplar en breve una maravillosa demostración de la norma.

La adhesión del Rey por el ajedrez es, como sabemos, muy grande; como todos los jugadores saben, esta la mayor importancia en ganar un juego, las posiciones dadas jamás cuando puede. Sus análisis e ingeniosos análisis en el tablero son extraordinariamente curiosos y si no estuviere ya habitado de su Ajedrez, diría que son raros en la profesión. Previamente de jugar una partida sin apoyar aparentemente tendida, pero, ¡ay! del adversario que la tome sin asociarse bien de la impunidad, pues jamás está el Rey más satisfecho que cuando sus profundas combinaciones se ven coronadas por el éxito.

Ayer durante los ratos del medio día, en vez de dedicarme á la siesta acostumbrada, invitándonos lo agüesmoso á los apartamentos de la Reina, me fui á Fontana—una de sus muchas viviendas—para una partida de ajedrez, debiendo recordaros antes algunos puntos de la lid. Hallábanse presentes: el conde de Tendilla, Panco de León y Gonzalo de Córdoba.

Los señores de honor de la Reina, estaban sentados al rededor de un muestro tablero, ocupados en un previouso trabajo de tapicería, destinado para una ofrenda á Nuestra Señora del Pilar.

La anciana señora Du Beatrix Galindez, tan entendiada en la literatura antigua, que le han dado el apodo de "Latina" ocupaba un asiento al lado de la Reina, con quien conversaba en latín a sencilla voz, mientras que el Rey, completamente absorto en el juego, arrastraba al pobre Fonseca en uno de sus profundos plánes.

De repente se suspendieron las rutinas y un paje anunció: Su Excelencia el Arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, Gran Cardenal de España. Así que el Santo prelado, habiendo presentado sus respetos al Rey, se aproximó a la Reina y le preguntó respetuosamente, lo que ella había tenido a bien resolver respecto al Genovés, Cristóbal Colón. Al mismo tiempo anunció que está triste y desengañado, se había despedido de sus amigos y estaba en camino hacia el torrente de La Rábida, en Palos de Moguer.

Según su opinión, replicó Beatrix Galindez, tan luego como hubiese formulado la súplica al Arzobispo, si la petición fuese simplemente por una suma de dinero, estaría pronto a ser le concediese, pero como la dicha Dionián Colón en uno de sus últimos versos: "No debites cum magna pecunia suspendere porcos." Pero, esta vez es una cuestión de dinero. Haz un título de por acá y no se pueden adjudicar dignidades y títulos al primer aventurero. De vez en cuando se le alborota de su doctrina, ha sido rechazado últimamente y considera una extravagancia sostener que puedan existir países en línea recta debajo de nuestras plantas, donde, a guisa de las montañas en el cielo, vivieren los hombres con las cabezas hacia abajo.

En el calor de su peroración la Latina, habiendo levantado la voz paulatinamente, había olvidado que los jugadores de ajedrez no deben ser molestados. Su voz llegó al oído de ellos.

La partida estaba decididamente en favor del Rey y Fonseca aprovechó ávidamente la ocasión para interrumpir el silencio que hasta entonces habían guardado, con la esperanza, quizá, de distraer la atención de su rival antagonista.

"Por mi parte, exclamó, me inclino a la teoría de Copérnico heliocéntrica. El mundo es considerado como este tablero. Es una esfera plana, rodeada de agua por todos lados y más allá de las aguas, hay un abismo. Por ello es que los geógrafos árabes representaban en sus mapas y cartas, una mano negra y barbada, en la extremidad del gran Océano, como custodia de las gentes del Demosio, listas para combatir en el vacío que sigue, a los aventureros mortales que sean tan osados como para aproximarse a sus familias."

"Extraña doctrina es esa, señor Fonseca, replicó el Arzobispo, para ser opuesta a las deducciones estadísticas científicas del digno Colón. De veras que me siento dispuesto a repetir lo que Alfonso el Sabio, solía decir en semejantes ocasiones: Si el mundo tiene esa forma, me atrevo a decir, sin inquietud, que sobre nosotros como soy, habría imaginado otra forma mejor."

Mientras tanto, nuestra buena Reina se había averiado al Rey. "Mi señor," le dijo, "¿no acordáramos a un intrépido hombre el título que pide? pienso que no pueda haber riesgo en concedérselo por los países que promete descubrir. Dejémosle trazar el camino de un nuevo mundo y consérvese dignidad que le otorguemos será bastante merecida..... Si en provecho resultara una guerra..... ¿puedo decir? Si título no teniendo ninguna base en que descansar, se concederá con nuevos honores."

"Pensáramos en ello" dijo Fernando, frunciendo los cejas, pero a pesar suyo en distracción bastante en el juego.

Fonseca aprovechándose hábilmente de la absolución del Rey, había roto tanto mucho su posición y hasta adquirido cierta preponderancia material.....

"La dama de mi Alcaz ha seguido el ejemplo de los aventureros navegantes..... la mano negra la necesito..... Nuestra Dama está perdida!".....

"No me habléis más de ese Genovés," exclamó el Rey, "voy a probar una partida espléndida"..... y con la frente arrugada prosiguió: "¡Almirante!"..... "¿no sabes que la palabra significa Escríbeme al mar a Enrique de los mares? Ese es un título demasiado noble para un aventurero. Nuestros Grandes me será Almirante."

El Rey oyó algunos pasos: más, pero, a cada movimiento se hacía en posición más crítica y la brecha se hacía más profunda. La partida había llegado a su crisis.

Véase la siguiente situación:



"La batalla se decidirá en breve" dijo Fonseca, frotándose las manos. "Su Alcaz tendrá que doblar las letras para evitar el mate..... entonces daré jaque en la casilla de vuestra T D; luego podré capturar el Alfil y, si no me equivoco, esta partida al menos, la ganaré yo."

Fernando, no atisbando a la derecha, se acordó de los halos y se quedó preocupado con la idea de una pérdida inevitable.

En este momento examinó ya la posición con más atención y de repente se acordó que el juego del Rey no estaba tan perdido como lo creían los espectadores y aun él mismo. A media voz le dijo a la Reina Isabel: "Si Su Alcaz juega correctamente, dará mate en 4 jugadas."

Isabel se arrojó ante el Rey y apoyándose sobre sus brazos, dejóle el brazo, cuando después de muchas vacilaciones, iba a extender la mano para jugar T & T D.

"¿No ganas? mi Señor, le dijo.  
—¿Ganas?..... replicó Fernando, volviendo la mano a su posición anterior y resumiendo sus cálculos..... pero, el movimiento mate parecería aún esbozarse sus facultades."

En este instante sus ojos se encontraron con los míos y, muy probablemente leyendo la expresión de mi mirada, empezó de nuevo a reflexionar..... luego repentinamente puso una sonrisa a sus labios: "Fonseca, mi amigo, estás malo."

"¿Crees mi Señor, interrumpió la Reina, que pueda ser inmediatamente averiado el título al Genovés?"

"¿Qué pensáis del asunto, Latina," dijo Fernando irónicamente, "pensáis con en nuestra opinión?"  
"Nadie puede vanagloriarse de ser instalado" contestó la Galinda, "y Plinio ha dicho: *Novo nomen quibusdum locis Super.*"

"Después de todo," añadió Su Alcaz, pero dudo podrá arrearnos loverlo Almirante de los mares que serán surcados."

Apenas se había escapado de los labios del Rey la Real sanción, la Reina llamó a toda prisa a un paje: "Isidoro," le dijo, "úsala inmediatamente a caballo—Cristóbal Colón está en camino para Palos de Moguer, no puede haber pasado más mucho el puente de Peñas..... apúrate lo más posible..... al cámbalo y dile que hemos resuelto loverlo Almirante del Océano."

Y ahora, querido Doctor, podríamos repetir lo que Antonio de Lebrija nos ha dicho tantas veces: "Las cosas más posibles suelen ejercer frecuentemente una influencia maravillosa en los grandes acontecimientos."

Si Colón llega a descubrir un nuevo mundo, como de veras pienso que podrá, ¿no dependió de haber sido movido un Peón en el momento debido?

—♦—  
**NUESTROS GRABADOS**

**General Ignacio Andrade**  
Gobernador del Distrito Federal.  
**Señor Pedro Espinel Rojas**  
Ministro de Relaciones Exteriores.

Continuamos la publicación de los retratos de los hombres notables de la Revolución. Hoy presentamos los de los señores cuyos nombres encabezan estas líneas.

**Laguna de Espino**

Todo el mundo ha visitado este sitio pintoresco de Valle Abajo, que tiene una laguna artificial, hace pocos años. Valle Abajo trae á nuestra memoria el nombre de Juan de Riveros, aquel patriota de la fundación de Caracas que supo salvar á ésta de las tropas que sobre la pequeña población ejercían los famosos locos poseedores que con frecuencia enviaba el gobierno de la Española, á las ciudades del continente. —Fron éstos, saltadores oficiales que sin compasión y á nombre del Rey, pillaban á los pacíficos habitantes de cada comarca. Cualquiera queja servía de pretexto para que, sin anunciarse, se presentaran en ciertos poblados, algunos de estas aves de rapina.

Como premio á servicios tan oportunos, el Ayuntamiento de Caracas, regaló á don Juan el área de Valle Abajo. Esto pasó á fines del siglo XVI en 1588; y lo premio por ser don Juan *hombre que repugnaba el mundo, experimentado ya, y que siempre lo había dejado, sin adoptar hacienda.* Don Juan de Riveros fué más tarde, gobernador de Caracas, en 1595, por ausentamiento del General Osorio.

Si nos ocupamos en la cronología de los diversos dueños que ha tenido Valle Abajo, sólo diremos que hace muchos años que el poseedor de esta rica hacienda de caña, es el venerable patriota don Guillermo Espino, jefe de una de las más apreciadas familias de la Capital. ¡Habría quien no comiera á don Guillermo, este distinguido hijo de Caracas, descendiente de antigua familia española? Si existe alguno que no haya llegado á conocerle, todos hemos sido pronunciar este nombre sin respecto con veneración, con amor. Cuando se llega á los umbrales de la tumba, rodeado de la escama de los suyos y de sus compatriotas; tal estimación que sea la resultante de la labor de muchos años de la existencia, dedicados á la familia, al progreso de la patria, á la caridad pública, al bien de la humanidad. Pocos hombres tienen una hoja de servicios tan meritoria como este patriota que ha vivido rindiendo culto á la verdad, al deber, al progreso del patrio suelo. Y como nada le aqueja, porque se prolonga vida ha estado siempre en la línea recta, en nuestras asambleas, en nuestros círculos, donde quien que figura revela en su semblante la rectitud de su alma y los dictados de una conciencia tranquila. Valle Abajo es la mansión del patriarca; Valle Abajo será siempre un recuerdo de la posteridad al hombre justo.

**Santa Inés**

Por segunda vez el General Crespo habita, como hombre público, la casa edificada por él frente á la estación del ferrocarril de La Guaira y á la cual bautizó con el nombre de Santa Inés. Damos hoy una vista de ella.

**Inspección de Ciudad Bolívar**

En dos cuadros presentamos diez y seis vistas diferentes de las calles y sitios que fueron remodelados por la última creciente del Orinoco. Ellas dan una idea del desastre porque acaba de pasar esta ciudad tan noble en los anales de la historia y tan digna de mejor suerte:

1. La Laguna al Este.
2. Vista del Orinoco tomada de Lago de Lapoan.
3. Depósito de la Alameda marítima.
4. Alameda (Parte oriental).
5. Alameda. Inspección de la Plaza Ferreril.
6. Alrededores de la Laguna.
7. Mercado Público.
8. Puerto marítimo.
9. Galería occidental del Mercado público.
10. Calle de Santa Ana.
11. Calle del Orinoco ó del Comercio.
12. Calle de Venezuela, barrio "Treinta y Nueve."
13. Calle del Orinoco ó del Comercio.
14. Calle Miscelánea.
15. Barrio El Puelito.
16. Calle de la Alameda.

**Plaza del Muelle—Puerto Cabello**

Una nueva vista, un nuevo paisaje de los sitios más celebrados de nuestra patria, en la historia, en el comercio y la industria etc., es siempre una adquisición que contribuye al estudio de una localidad que merece no ser olvidada. Apoyados en esta razón empírica á nuestros amigos y relacionados continúan favoreciéndonos con todas las vistas venezolanas que pueden haber á la mano.

**El Puelito—Entre Puerto Cabello y Valencia**

He aquí un nombre geográfico que ha entrado en los dominios de nuestra historia moderna. Desde los días de la Federación hasta el triunfo de la Revolución, El Puelito es uno de los nombres más repetidos, más celebrados y más temidos. Allí está una de las estaciones del ferrocarril entre Puerto Cabello y Valencia.

**Maruto**

La vista que damos hoy tiene en primer término los antiguos baños de mar que son hoy Mercado público.

**Don Horacio Martín de la Guayra**

El retrato de este famoso poeta y académico de la Lengua es obra de Herrera Toro. Llamamos la atención sobre los rasgos biográficos que acompañan dicho retrato, escritos por el señor Eugenio Méndez Mendota.

**El pesc de los peces**

Aquí se titula un dibujo del artista Antonio Palero, cuya copia damos hoy.



El  
Tales

# PATRIA Y LIBERTAD

## MARCHA TRIUNFAL

### DEDICADA AL EJERCITO LEGALISTA

Por M. Sando

Introducción

Allegretto

Sempre in Marcha

The musical score is arranged in systems. The top system contains the vocal line and the beginning of the instrumental introduction. The subsequent systems contain the instrumental parts for various instruments, including strings, woodwinds, and brass. The score is written in a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The tempo is marked 'Allegretto' and the mood is 'Sempre in Marcha'. The score concludes with a double bar line and repeat signs.